

Vr vida religiosa

MARZO 2024 | N° 3 vol. 137



Libres para el amor

Escuchar es el imperativo

NOVEDADES



LOS VOTOS EVANGÉLICOS

Memoria, relato, utopía

BONIFACIO FERNÁNDEZ. Págs. 184. P.V.P.: 12 euros

En los evangelios encontramos un proyecto de vida apasionante. Jesucristo aúna la condescendencia divina y la plenitud humana. Su estilo de vida ha inspirado y sigue inspirando una multitud de modelos de vida. La consagrada se caracteriza, entre otros rasgos, por la promesa y el compromiso de vivir los consejos evangélicos en forma de votos.

Se trata de un texto que resulta útil para la formación inicial y para la formación permanente, provisto de materiales y sugerencias para la personalización y el diálogo comunitario.

«PAREJAS FELICES»

Armonía construida juntos

JAVIER FERNÁNDEZ. Págs. 130. P.V.P.: 10 euros

Son tiempos desafiantes. Muchas personas se sienten tentadas de abandonar los proyectos compartidos para elegir caminos individuales. Aparentemente más fáciles y satisfactorios. ¿Cómo edificar un hogar cuando los cimientos de las antiguas convicciones parecen tambalearse? No hay una receta única e infalible.

Las crisis de pareja abundan pero no llaman la atención, salvo cuando son graves o tocan de cerca.

Basándose en sus muchos años de trabajo con familias y parejas, el autor sintetiza algunas ideas útiles para facilitar la convivencia en pareja.



CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

SOMOS EL PUEBLO DE LA PASCUA

¿Es posible que entre nosotros –llamados a ser testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio– cundan el desaliento y la desesperanza? Parece que en más casos de lo que sería deseable y aun imaginable. El fenómeno afecta a consagrados jóvenes, de mediana edad y mayores. Estos últimos pueden experimentar la tentación de creer que, con su declive físico y psíquico, todo se derrumba: el edificio del propio instituto, de la Iglesia e incluso de la sociedad. Los de mediana edad acusan el desgaste de tener que cargar con muchas responsabilidades en tiempos de escasez vocacional y de múltiples tareas. Muchos no acaban de ver el sentido y la eficacia de su trabajo. Algunos acaban quemados o, por lo menos, enfilan el camino de la rutina y del escepticismo. Los pocos jóvenes que hay en la mayoría de los institutos combinan la frescura de un sueño vocacional todavía vivo con el desencanto ante una realidad demasiado refractaria al cambio. Fácilmente se acomodan o se van.

No es posible cuantificar la magnitud de este fenómeno, pero

los síntomas son evidentes. Mientras tanto, seguimos organizando capítulos, asambleas y encuentros de diverso tipo en los que nuestro lenguaje, a menudo muy poético, habla de sueños, opciones preferenciales, discernimiento y caminos sinodales. ¿No se estará dando una brecha excesivamente ancha entre lo que de verdad somos y lo que queremos ser? ¿No deberíamos moderar un poco nuestros deseos y nuestro lenguaje, no para ajustarlos a nuestra mediocridad presente, sino para acompañarlos con la vida real? Sin deseo genuino no hay cambio, pero, sin anclaje en la realidad, caemos en idealismos que solo generan frustración, dificultades para vivir el presente con serenidad e incapacidad para cultivar con amor las muchas semillas de vida que el Espíritu sigue sembrando en nuestro suelo.

El camino cuaresmal y pascual nos ofrece las claves que necesitamos para afrontar esta realidad con los pies en el suelo y el corazón encendido. Dios no nos ha llamado a tener éxito estadístico, económico y

ni siquiera pastoral. Nos ha llamado a seguir a Jesús reproduciendo su estilo de vida en estas primeras décadas del siglo XXI, a estar con Él y a ser testigos de su Evangelio. El camino de Jesús es siempre pascual. La felicidad pasa por la fidelidad.

En la muerte al aplauso social e incluso a nuestros éxitos personales e institucionales podemos encontrar vida y alegría con tal de que emprendamos este camino de fe unidos al Cristo que se hace uno de nosotros, comparte nuestra suerte, sufre, muere y resucita.

No se trata de buscar un consuelo espiritualista ante una situación que nos paraliza, sino de ahondar en las razones más profundas que explican, sostienen y dan sentido a nuestra vida. Los consagrados “somos el pueblo de la Pascua”, experimentamos en carne propia –como los discípulos de Emaús– el desencanto producido por la brecha entre nuestras expectativas y la realidad.

Pero experimentamos con más fuerza la presencia a nuestro lado del misterioso Viandante que nos pregunta qué conversación llevamos

por el camino, nos ilumina con su Palabra y nos alimenta con su pan.

Una vida consagrada con identidad pascual puede afrontar las dificultades del presente sin perder la esperanza. Quizá nuestra oración no es como nos piden nuestras constituciones, pero podemos renovar cada día nuestro propósito de unimos más a Dios. Quizá la vida comunitaria deja mucho que desear, pero podemos agradecer el don de tener hermanos o hermanas y multiplicar los gestos cotidianos de acogida y fraternidad. Quizá nuestro testimonio se haya vuelto anodino e insignificante, pero podemos creer que toda obra hecha con amor es portadora de una misteriosa fecundidad.

Estos pequeños milagros pueden suceder porque “somos el pueblo de la Pascua”, no porque seamos hombres y mujeres perfectos. Hay mucha resurrección escondida en nuestras pequeñas muertes. ¡Feliz Pascua! 

Nuestra portada

La vida consagrada es un permanente *via crucis* que se convierte al mismo tiempo en *via lucis*. La liturgia de este tiempo cuaresmal y pascual va orientando nuestro camino con la fuerza de la Palabra de Dios. Cuando desplazamos la mirada de nuestras cruces personales a las de quienes más sufren, empezamos a experimentar la fuerza transformadora de la resurrección.





www.vidareligiosa.es



4

Historias menudas

Mariano José Sedano

5

«Tocamos y cuidamos las heridas del Cuerpo místico de Cristo»

Carlos González



10

Senderos sinodales

Jolanta Kafka

11

¿Es posible el “para siempre”?

Gonzalo Fernández

20

Hablando en dialecto

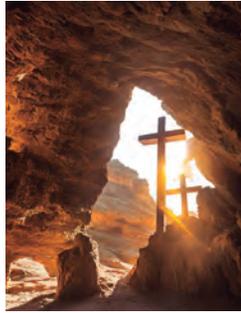
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

Libres para el amor

Juan Carlos Martos



29

Algo está brotando

Miguel Márquez

30

Entrevista:

Liliana Franco

Gonzalo Fernández

36

El altavoz

Silvia Rozas

37

Teología de la vida consagrada

Redacción de VR

40

Institutos de vida consagrada

Federico A. Carpintero

43

El camino de la libertad

Juan de Dios Carretero

47

Desde Oriente

Paulson Veliyannoor

48

Lectura recomendada

Ruth Guerrero



Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Pedro M. Sarmiento.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Vida Religiosa. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid
www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05
email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).
Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS



Egeria, consagrada curiosa e itinerante

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Amis “*dominae et sorores*” de San Paio, faro de estabilidad itinerante, sorores de Egeria.

Hela ahí. Una mujer norteña. Inquieta peregrina desde el *finis terrae* hasta Jerusalén, donde pasará tres años, alternando viajes a la Tebaida, Sinaí, Edessa y Mesopotamia. En el 384 regresa a Constantinopla y planea volver a su patria. No sabemos si lo hizo. Las últimas palabras de su relato huelen a despedida, incluso de la vida: “Acordaros de mí, esté en mi cuerpo, o fuera de él”. Hasta ahora, todos la daban por monja, porque su diario de viaje (*Itinerario de Egeria*, BAC, Madrid, 1978.) tiene forma de cartas a sus “hermanas y dueñas”.

Hoy se prefiere no tenerla por monja. Mi olfato de historiador, buceando en las menudencias del texto, lo pone en duda. Veo una mujer, joven aún (escala peñas en el Sinaí) consagrada a Dios (libre para ir allí “para rezar”), curiosa, detallista y atrevida. Todas las puertas se le abren (¿le precedía la fama?, ¿llevaba documentos con sello del hispano Teodosio?). Los obispos salen a recibirla. Los monjes charlan con ella, la acompañan, le hacen regalos. Lleva consigo libros y todo lo necesario para escribir y dibujar. Quiere verlo todo. Y, sobre todo, hacerlo “ver” a sus hermanas.

Sus descripciones son vivas, menudas, minuciosas y detalladas. Usa un latín sencillo, casi vulgar, para que la entiendan todos. En una frase dibuja su autorretrato y motivaciones: “Como soy bastante curiosa, comencé a preguntar...”. Ver para entender. Tiene su plan, pero escucha a la gente y lo cambia. Sabe lo que quiere y no rehúsa sacrificios (“no hay fatiga, cuando uno ve realizado su deseo”).

Al llegar a los lugares, repite un ritual preciso: lee el texto bíblico vinculado al sitio, reza un salmo y da gracias a Dios “que colmó mis deseos, aun sabiéndome tan indigna y sin merecimientos”. No se cree todo lo que le cuentan. En el Mar Muerto le enseñan “la estela de la mujer de Lot. Pero os aseguro que no aparece, pues fue cubierta por el mar. No podría engañaros”. Duele no poder seguir escribiendo.

Egeria, *soror* nuestra, regálanos tu curiosidad e intrepidez, tu simpatía y tu libertad. **V**



Hermanas Servidoras de Jesús. Cottolengo del Padre Alegre

«Tocamos y cuidamos las heridas del Cuerpo místico de Cristo»

Cuando alguien ama demasiado, jamás se acaban las grietas por cerrar ni las cicatrices por curar. Porque al corazón, de tanto jugarse la vida poniendo en remojo los sentimientos, le salen cada vez más raíces. Así nace la fe que escribe, entre la melodía y la bruma, el trazo de una promesa: la de Dios. En el pliegue más sutil de ese mandamiento, irradia con una luz especial el Cottolengo del Padre Alegre, de las Hermanas Servidoras de Jesús: un hogar donde la misericordia de Dios es la semilla más fiel del delicado milagro del creer.

Carlos González García
PERIODISTA Y ESCRITOR

Madrid atardece revestido de silencio. A lo lejos, casi a media voz, se vislumbran los primeros vestigios de una primavera a medio vestir. Aunque hace frío. En la calle, el viento zarandea el corazón de unos árboles que danzan a ritmo de esperanza, casi a prueba de fe.

A punto de rebasar el umbral que separa la tierra del paraíso, una frase deambula inquebrantable en mi mente: “Prepárate, no serás capaz de escribir lo que hoy vas a ver sin temblar de emoción”. Mi madre –que, como todas, emana el *bonus odor Christi*– sabía perfectamente que la entrega no es verdadera si no se aman las espigas más punzantes del dolor.

Un amor hasta el extremo

Llego al kilómetro 15 de la carretera de Fuente el Saz. Allí, en un rincón escondido de Algete, reposa un reino

habitado por el Jesús de los abandonados; un hogar que vive de forma radical habitado por la Divina Providencia, sin subvenciones, sin aceptar nada que sea fruto de petición y sin ingresos fijos. Entro, no sin algo de pudor. El olor a ternura es sobrecogedor. En un solo segundo, es fácil vislumbrar la carne herida de Cristo. Duele, pero también sana... ¿Cómo le dices que no a Dios cuando descubres que, siendo todopoderoso, se deja quemar por las cenizas de tu debilidad para sanarte las heridas?

“Somos consagradas que vivimos totalmente abandonadas a Dios, en adoración constante a Jesús Eucaristía y sirviendo a los pobres y enfermos más necesitados”, confiesa la hermana María Milagros, madre superiora del hogar que custodian las Hermanas Servidoras de Jesús. Su voz, tapizada de una inmensa hu-



mildad, deja entrever lo que les hace estar allí, entregando la propia vida al servicio de Jesús en la enferma más necesitada, formando con ella una familia que quiere vivir la fe y el abandono filial con todas sus consecuencias: “Todo esto lo hacemos por amor totalmente gratuito, recibiendo constantemente de Dios las gracias necesarias para permanecer fieles al carisma recibido”.

Sesenta mujeres incurables y pobres

Cada abrazo recogido en el hogar late revestido de eternidad. Igual que cada mirada de las sesenta mujeres incurables y pobres que pueblan la casa y que son cuidadas por cinco consagradas de sonrisa oportuna y resucitadora. Otras siete religiosas viven allí, retiradas y cuidadas, también, por sus propias hermanas de comunidad.

La hermana Roser viene de la capilla, porque –como decía su fundador, san José Benito Cottolengo– la oración “es el primero y más importante trabajo de la Piccola Casa”. Esta religiosa conoce a la perfección este idioma que se escribe con la tinta de la misericordia. Y lo cuenta sin miedo, como quien se siente plena ante los ojos de Quien, cada día, se hace verdad en el altar. “El lenguaje es el del Amor”, confiesa, “porque si no tenemos amor, no somos nada”. Nosotras “sabemos que Dios es amor porque Él nos amó primero”, y “nos ama a cada una como somos, con nuestras debilidades y miserias, con las enfermedades grandes o pequeñas”.

A su lado, la hermana Elcy asiente ante esta forma de vivir y de ver en cristiano la vida, de servir en la intemperie del dolor, de forjar alegrías donde solo queda un llanto en vela:

“Somos una familia y nuestro lema ‘Amor de obras, no de palabras’ (del padre Alegre) es cierto, porque muchas veces sobran las palabras y una mirada, una sonrisa o un gesto de agradecimiento dicen mucho más”.

«Es a Jesús a quien cuidamos amando»

“¿Tal vez el amor no es verdadero si no se aman las espinas más punzantes del dolor?”, dejó caer en las manos de la madre superiora, mientras paseamos por uno de los pasillos del hogar. “El que ama, ama sin límites”, responde enseguida, “no puedo decir realmente que amo si no amo a mi hermano como es, con sus defectos, miserias y enfermedades”.

La caridad de Cristo les urge (cf. 2Co 5,14) y, por eso, tratan a las enfermas con un cariño exquisito; les enseñan a valorar lo que tienen y les muestran que, por encima del tener o el poder, está el ser. “Yo he de ir más allá”, insiste María Milagros, pues “si Cristo dio la vida por mí siendo pecadora como soy y me ama hasta el extremo, yo debería hacer lo mismo: amar sin límites, amar hasta que duela”.

Servicio por amor y nunca por interés. Así viven estas religiosas, curando y cuidado el rostro de Cristo. “Desde el Bautismo, Jesús toma posesión de la persona y ya toda su vida será Templo de Dios”, apunta Elcy, y “por ello es a Jesús a quien cuidamos amando, a quien amamos dando de comer porque, como dice el evangelista, ‘todo lo que hicisteis con uno de mis hermanos más humildes, conmigo lo hicisteis’ (Mt 25, 40)”. Sus manos dan sentido a sus palabras, que acarician a una de las mujeres más mayores de la casa que acaba de cumplir 100 años. Ella sonríe como puede ante nuestra llegada,

canta y nos ofrece el pan de su sustento. Enferma e incurable, dicen los informes, pero increíblemente viva.

«Queremos completar lo que falta a la Pasión del Señor»

Esta *Casa de Familia*, como a ellas les gusta decir, escondida a trece kilómetros del corazón de Madrid, se abrió hace 40 años. Desde entonces, no ha dejado de vivir y de ver, en cristiano, la vida. La misión de estas servidoras consagradas *in aeternum* al Señor es ser testigos del amor de Dios presente en el mundo. Y no saben vivir de otro modo. “Deseamos aportar presencia de Jesús en el mundo, dentro de la Iglesia”, confiesa la hermana Ana, que viene de acostar a la hermana Angelina, de 92 años, la religiosa más mayor de la comunidad. Y cuando le pregunto qué aportan a la sociedad y a la Iglesia desde ese rincón, no titubea un instante en su respuesta: “A través de su Gracia queremos completar lo que falta a la Pasión del Señor”. De hecho, admite que “el descentrarte de ti mismo y centrarte en el otro siempre hace bien, da alegría, da paz; mucho más cuando, por la fe, intentas ver en el otro al mismo Cristo que se deja cuidar”. Nuestro “gran regalo”, señala la religiosa, “es ser consagradas, consortes y poder unir nuestra pequeñez a la ofrenda de Cristo al Padre en cada Eucaristía”.

Tienen claro a Quién cuidan y Quién les mira a través de la enfermedad y la pobreza. No dicen que Él está en las personas que custodian, sino que Él es cada una de ellas. Un simple tiempo verbal, tan irracional para nuestros sentidos, capaz de cambiar el rumbo del mundo. Y ahí, a los pies del Crucificado Resucitado, habita la plenitud de la compasión que a algunos se nos escapa de las manos... “La misericordia tiene todo el sentido

de respuesta a la llamada que un día recibimos, y solo a través de la oración y la contemplación de Jesucristo se nos concede la gracia de que Él mismo actúe a través de nuestras obras”, agradece la hermana Roser, consciente de que ellas solo son –“si Él nos lo concede”– prolongación de sus manos y de su corazón.

Incurables y pobres, pero felices

Dice la Palabra que “en todas las cosas interviene Dios para aquellos que le aman” (Rom 8,28). Y en medio de ese Misterio de amor que viven, tantas veces incomprendido por los ojos del mundo, les pregunto por esos miedos y silencios que a veces brotan cuando uno pone su vida por entero en el Cristo Roto. Elcy recoge el testigo con una premura sorprendente: “Nuestra vida es de total abandono en las manos del Padre y, por lo tanto, todo lo que sucede sabemos que pasa necesariamente por el filtro de Dios. A nosotras solo nos importa aceptar su voluntad”. Al instante, su hermana Roser, después de una pausa plenamente habitada, reconoce que “las heridas que tocamos y cuidamos son redentoras, son las heridas del Cuerpo Místico de Cristo; son heridas redentoras de almas; heridas que sostienen la Iglesia y el mundo... Tocar las heridas de Cristo en sus enfermos y pobres sana el corazón y da paz al alma”.

Entramos en la capilla. Y, en el último banco, alguien quiere decir algo importante. “Somos incurables y pobres, pero aquí no se respira dolor, solo hay alegría”. Es Marijosé, quien lleva 60 años siendo parte del Cottolengo. Entonces, la madre superiora prolonga esta acción de gracias... “¿Quién tiene un padre como nuestro Padre, que nos cuida, nos mimas, nos



consuela y se queda con nosotros en nuestros gozos y fatigas? ¿Cómo no estar agradecidas? La alegría es la consecuencia de experimentar este amor derramado día a día, y no tendríamos perdón si no viviéramos la alegría de sentirnos envueltas en su amor”.

Si un hogar está habitado por Jesús, lo tiene todo. Es el claro ejemplo de este Cottolengo del Padre Alegre. Con Él “vivimos abandonados como un niño pequeño en el regazo de su Padre”, asevera Roser, concedora de que Él provee sin necesidad de exigir nada: “No pedimos porque nos sabemos amadas por Dios Todopoderoso y Él ya sabe lo que necesitamos; si cuida de las aves de cielo y de las flores del campo, ¡cuánto más no cuidará de nosotras! Él es fiel a sus promesas”, sostiene, justo antes de la despedida.

«Por el Amado todo merece la pena»

Si entrar por la puerta es respirar a Dios y quedarse en su presencia,

permanecer adentro y sentirle en cada retazo de luz sutil que adorna los pasillos es rozarle en cada hermana que limpia una herida que supura compasión, es desojarle en cada voluntario que se muerde la hostilidad ante un cuerpo llagado, es comulgarle en cada enferma que exhala su Cuerpo y su Sangre. “Por el Amado todo merece la pena”, confiesa la hermana María Milagros, “aunque sabemos que nuestra entrega, aun dando la vida, nunca será suficiente para corresponder a tanto amor recibido”.

Hay oraciones que solo pueden rezarse desde la ternura. Y ahí me quedo, viendo cómo una enferma acaricia la medalla de María Eucarística que pende sobre su cuello, junto a estas Hermanas Servidoras de Jesús, siendo plenamente consciente de que hundirse en el fango del Alfarero supone vivir enamorado de Dios, en cada uno de los cristos vivientes de esta tierra, al amparo de su Providencia. **VR**

SENDEROS SINODALES



En el santo pueblo de Dios

Jolanta Kafka

MISIONERA CLARETIANA (REUS, ESPAÑA)

Hace poco, participando en la Eucaristía en mi pueblo (Polonia) escuché un antiguo himno que rezaba más o menos así:

“Hoy el pueblo de Dios está contento, iluminado por la luz de las vírgenes, los eremitas, los que entregaron la vida a Dios; el pueblo alaba a Dios por hacerle hermoso con estos testigos...”.

¡Qué bella manera de hablar de la vida consagrada en el pueblo de Dios! El pueblo de Dios se alegra y agradece. Le pregunté a la señora anciana que estaba a mi lado qué le parecía este canto. Me respondió sonriente: “Los consagrados son un regalo porque sirven a Dios y a los demás”.

Esto me ha hecho resonar lo que se recogió en la Síntesis de la Primera Sesión del Sínodo 2021-2024. El punto 10 habla primero de todos los carismas “gracias a los cuales el Espíritu Santo la hace rejuvenecer y la renueva... Con alegría y gratitud, el santo pueblo de Dios reconoce en ellos la ayuda providencial con la que Dios mismo lo sostiene, orienta e ilumina su misión” (n. 10a); la dimensión carismática de la Iglesia “tiene una manifestación particular en la vida consagrada con la riqueza y variedad de sus formas” (n. 10b).

Pero no me deja tranquila la pregunta sobre si las personas consagradas estamos también cada vez más contentas por estar en el pueblo de Dios, y alabamos a Dios por ello; este pueblo santo y pecador, pueblo convocado y llamado con la fuerza de las bienaventuranzas y de Mateo 25;... este pueblo sencillo y humilde que camina en la presencia del Señor (cf. la alocución del papa Francisco en la Sesión del Sínodo, 25 de octubre de 2023), que nos comparte su fe y nos enseña; que nos saca de las zonas de confort, que espera el encuentro en la escucha y acompañamiento, que desea compartir los dones y ver el Evangelio hecho historia.

¿Estamos contentos renovando nuestra pertenencia y descubriendo de nuevo nuestro lugar eclesial en el pueblo santo de Dios, unidos en el Bautismo? Estar dentro de él, no al margen ni como en una burbuja, vibrar con él y promover su reforma, aprendiendo con otros, en comunión. ¿Estamos más contentos? **VF**

REFLEXIÓN



¿Es posible el «para siempre»?

¿Por qué resulta hoy tan difícil ser fieles a la palabra dada y perseverar hasta el final? ¿Tenemos una mayor conciencia de la vida como evolución constante y del discernimiento como un proceso nunca concluido? En este terreno abundan las preguntas, pero no hay que renunciar a explorar las respuestas. El sentido de la vida consagrada –como de otras formas de vida en la Iglesia– tiene mucho que ver con la manera de entender y vivir la fidelidad “para siempre”.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF
DIRECTOR DE VR

Hace poco celebramos la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Fue precisamente en la Jornada de 2013, hace ahora once años, cuando vi por última vez al papa Benedicto XVI en la basílica de San Pedro de Roma. Aquel 2 de febrero de 2013 faltaban solo once días para que anunciara en latín su renuncia al ejercicio del ministerio petrino. Lo vi cansado, casi exhausto, pero, a pesar de su debilidad física, portaba una vela encendida en su mano. Me pareció todo un símbolo para interpretar la situación de la vida consagrada en la actualidad.

Hay pequeñas luces que son más fuertes que la oscuridad. Quizá por eso mismo las palabras del papa Benedicto adquirieron aquel día un significado profético. Podemos ser fieles “para siempre” a pesar de nuestras fragilidades personales e institucionales e incluso en medio de

una cultura “líquida” que ya no cree en valores eternos y que considera que el “para siempre” es una expresión de rigidez mental más que de libertad¹.

Aprendiendo de la experiencia

Durante los muchos años que trabajé en el campo de la formación y del gobierno tuve la oportunidad de conocer, y en algunos casos de acompañar de cerca, a numerosos hermanos de todo el mundo que abandonaron mi congregación. Algunos lo hicieron como fruto de un discernimiento bien hecho; otros salieron de manera un tanto precipitada e incluso traumática. La mayoría eran jóvenes, pero había también adultos y algún anciano. Más allá de los casos particulares, a través de todas esas historias he aprendido que la fidelidad es un concepto complejo y dinámico que implica



algo más profundo que la simple perseverancia en una determinada institución. Es un don de Dios que nosotros aceptamos, agradecemos y cultivamos libremente a lo largo de nuestra vida. Tiene que ver con la verdad de lo que somos ante nosotros mismos, ante la Iglesia y ante Dios, no solo con el hecho visible de permanecer “hasta el final” en un determinado instituto religioso. Fidelidad no significa, pues, mera duración en el tiempo.

Muchos de los hombres y mujeres que abandonan la vida consagrada no ven este paso como un fracaso personal y mucho menos como una traición a una alianza libremente establecida, sino como un hito más en un camino de discernimiento siempre abierto. El “para siempre” se desliga de la pertenencia a una determinada institución. Se relaciona, con la fidelidad, más bien, la propia conciencia, santuario donde se percibe la llamada de Dios. Cada año abandonan los institutos de vida religiosa de derecho pontificio una media de 1.200 religiosos y religiosas. Para ellos, la vida consagrada fue buena -aunque no en todos los casos- “mientras duró”. No tiene por qué ser una vocación “para siempre”.

Tenemos que ser muy respetuosos con los itinerarios vitales de las personas y con sus decisiones. Es probable que algunas nos extrañen o incluso nos disgusten, pero no somos dueños de las vidas de los demás ni podemos interferir entre ellos y Dios, por más formadores o superiores que seamos. Por otra parte, no hay dos casos iguales. Cada persona se enfrenta a desafíos únicos. En la mayoría de los casos, estas decisiones dolorosas fueron el fruto de un largo proceso de discernimiento; en otros, el resultado

de situaciones insostenibles. En el pasado, estos cambios de rumbo en la vida se interpretaban pura y llanamente como traiciones o deserciones. A causa de eso, muchas personas tuvieron serios problemas después para reintegrarse en la vida social debido a la incomprensión de sus antiguos hermanos o hermanas de congregación y en muchos casos también de sus familiares y amigos.

Hoy vivimos un clima más tolerante porque comprendemos la vida de manera más dinámica, como un proceso de discernimiento nunca acabado. Por otra parte, la mayor conciencia de nuestras fragilidades personales nos hace más comprensivos con los demás, sin que esto signifique que no demos importancia a las decisiones o que no creamos en la fuerza de la profesión religiosa, o en la sacramentalidad del sacerdocio o del matrimonio.



Tenemos que ser muy respetuosos con los itinerarios vitales de las personas y con sus decisiones

Hijos de la cultura VICA

Se dice que hoy, sobre todo en el mundo occidental, vivimos en la cultura VICA. Esto explicaría, en gran parte, las dificultades culturales para ser fieles “para siempre” a los compromisos asumidos. VICA es un acrónimo que significa volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad, rasgos que hacen que una situación o condición sea difícil de analizar, planificar o transformar.

Hace poco más de tres años, el franciscano Lluís Oviedo publicó un interesante artículo titulado “Crisis de fidelidad en la vida consagrada: motivos y factores implicados”². El artículo se basaba en un estudio realizado por la Conferencia de Religiosos de España. Según ese estudio, que recogía 419 casos de abandono a lo largo de la década 2010-2020, el



Detrás de estos porcentajes, hay personas de carne y hueso, con nombres y apellidos

principal motivo de los varones para abandonar los institutos de vida consagrada estaba relacionado con problemas afectivos (49,7%). En el caso de las mujeres, este motivo afectaba solo a tres de cada diez religiosas. Para ellas, el motivo fundamental para abandonar era la insatisfacción (33,7%). Estos porcentajes globales se desglosaban luego en categorías más específicas. Los varones que dejaban sus institutos reconocían que su salida obedecía a inmadurez personal (27,5%), insatisfacción (24,8%), conflictos con los superiores (21,5%), problemas psicológicos (11,4%), crisis de fe (10,7%), homosexualidad (8,7%) y problemas de convivencia (6,7%). En el caso de las mujeres, los abandonos se relacionaban, sobre todo, con conflictos con las superiores (24,0%), inmadurez personal (21,7%), problemas psicológicos (20,2%), problemas de convivencia (20,2%), crisis de fe (13,1%) y homosexualidad (3,0%). A pesar de lo que se ha escrito en los últimos años, el

motivo de “crisis de fe” registraba porcentajes muy bajos, en torno al 10%.

Detrás de estos porcentajes, hay personas de carne y hueso, con nombres y apellidos, que en algún momento de sus vidas pensaron que podían orientarse hacia la vida religiosa como forma de seguir a Jesús. Tomaron una decisión que, luego, por diversos motivos, han considerado que no era la correcta o la más saludable.

No conviene sacar conclusiones precipitadas de un estudio limitado, pero toda salida suele obedecer a problemas personales (falta de discernimiento previo, inmadurez, desajustes de diverso tipo), institucionales (deficiente acompañamiento, vida comunitaria pobre, abusos de algún tipo, etc.) y situacionales (cultura relativista, etc.)³. Por eso, constituye una fuerte invitación a revisar nuestras formas de vivir y proceder. Aprendemos de la experiencia. No hay que dar nada por supuesto. Por otra parte, quienes salen no se convierten en “extraños” (y mucho menos en “apestados”, como pudo suceder en otros tiempos), a menos que ellos voluntariamente quieran situarse en esa condición. No se pueden echar por tierra el carisma compartido durante años y los vínculos creados.

No hay «para siempre» sin verdad

Es cierto que la cultura VICA siente una especie de pavor ante el “para siempre” de las opciones que implican toda la vida, tanto el matrimonio como la vida sacerdotal o religiosa. Pero el miedo al “para siempre” y el valor de la fidelidad se refieren a algo mucho más profundo. Tienen que ver con la verdad. El término



griego para verdad (*aletheia*) significa transparencia. Hace referencia a lo que las cosas son en el presente, despojadas de todo aquello que las tapa o recubre. En este sentido, algunos de los que salen lo hacen en nombre de la transparencia, de la autenticidad descubierta. No quieren llevar una doble vida. Aspiran a ser auténticos, verdaderos. El término latino para verdad (*veritas*) tiene que ver, más bien, con la adecuación entre lo que decimos y lo que sucedió. Alude, sobre todo, al pasado. Ser fieles equivaldría, en este caso, a mantener la palabra que uno libremente dio en el momento de la profesión u ordenación. Por último, el término hebreo (*emunah*) se refiere al futuro. Se refiere a la fidelidad a la voluntad de Dios. Podemos ser fieles porque estamos seguros de que Dios será

siempre fiel. Él es el *verdadero* y el *fiel* por antonomasia.

”

Quando se pierde el valor sagrado del otro o del Otro, no se entiende el significado de la fidelidad

En el número 23 de DFAP se lee que la fidelidad “es una virtud esencial en toda relación interpersonal, la perseverancia es la virtud específica del tiempo: interpelan sobre la relación con el otro”. Ambas tienen que ver con dos dimensiones esenciales del ser humano: la *alteridad*

(fidelidad) y la *historicidad* (perseverancia). Cuando se pierde el valor sagrado del otro (el prójimo) o del Otro (Dios), entonces no se entiende el significado de la fidelidad como verdad. Cuando sacralizamos el “poder del ahora” cortando la conexión entre pasado, presente y futuro, no tenemos motivos para perseverar; o sea, para ser fieles “en el tiempo”. Sin *memoria Dei*, sin el reconocimiento de lo que Dios ha hecho (*veritas*), si-gue haciendo (*aletheia*) y hará (*emuna-h*) en nuestra vida, carecemos del fundamento necesario para ser fieles y perseverantes.



La felicidad se ha convertido en el baremo moderno para medir la verdad de nuestras decisiones

El «dogma de la felicidad» no ayuda a la fidelidad

Hoy solemos repetir con mucha frecuencia la frase: “Sé feliz”. Parece que tenemos la *obligación* de ser felices a todas horas. Es el nuevo dogma de nuestra cultura globalizada. Pero la vida nos pone muchas veces contra las cuerdas. No es tan fácil cumplir siempre el imperativo de ser felices. La felicidad –tan incommensurable, por otra parte– se ha convertido *paradójicamente* en el baremo moderno para medir la verdad de nuestras decisiones. Cuando uno hace la profesión como persona consagrada o recibe la ordenación sacerdotal, promete ser fiel a los compromisos adquiridos ante Dios y la Iglesia. La fidelidad es, en condi-

ciones normales, el camino hacia la felicidad. Hace años, era tal el acento puesto sobre la fidelidad que uno estaba dispuesto a ser infeliz con tal de ser fiel. Incluso la propia familia y la sociedad presionaban para ello. Hoy sucede lo contrario: uno prefiere ser infiel con tal de ser feliz.

¿Qué significa ser feliz? El concepto de felicidad es sumamente esquivo. El diccionario de la RAE define la felicidad como “estado de grata satisfacción espiritual y física”. Y también como “ausencia de inconvenientes o tropiezos”. Pero, ¿es esto verdad? Para un cristiano es claro que la felicidad no equivale, sin más, a la satisfacción de todos nuestros deseos. Más aún: a veces, para ser feliz uno debe preterir o frustrar algunos deseos en aras de ideales superiores. Todos vivimos esto a diario. Por ejemplo, para experimentar la felicidad de aprobar un examen, necesitamos, por lo general, renunciar a algunas satisfacciones legítimas y dedicar tiempo al estudio. El hecho de conseguir el objetivo hace que estas renunciaciones no se conviertan en frustraciones, sino en momentos necesarios del proceso.

En muchos casos de religiosos y religiosas que deciden dejar su vocación consagrada, se produce un curioso –aunque no muy elaborado– razonamiento. Se parte de una premisa que todo el mundo acepta hoy como incuestionable porque es la versión creyente del dogma cultural de la felicidad: “Dios quiere que seamos felices”. Es una premisa universal, como la que afirma que “todos los seres humanos somos iguales”. Se añade luego una premisa menor, circunstancial: “Esta persona, de la que me he enamorado, me hace muy feliz”. La conclusión no se hace esperar: “Luego Dios quiere que me una a

esta persona y, por tanto, que abandone mi sacerdocio o mi vocación religiosa”. ¿Cabe alguna objeción? ¿No es un silogismo perfecto? ¿Dónde está el busilis? No, ciertamente, en la conclusión, que parece desprenderse por su propio peso, sino en la premisa que parece más obvia. ¿Qué significa, en realidad, que “Dios quiere que seamos felices”? ¿Significa que desea que satisfagamos todas nuestras apetencias o, más bien, que, siendo fieles a la vocación concedida, encontremos en ella un sentido a la vida, no exento de crisis y dificultades; en una palabra, no exento de cruz? La felicidad, ¿es cuestión de satisfacción o, más bien, de sentido? ¿No reside la felicidad precisamente en la convicción de que, con la gracia de Dios, podemos ser fieles al don recibido (sea este el matrimonio, la vida religiosa o el ministerio sacerdotal) “para siempre”, aunque esto nos suponga en ocasiones renuncia e incluso sufrimiento?

En realidad, no puede haber felicidad sin fidelidad. Ambas realidades son casi intercambiables. Ambas expresan lo que Dios es: feliz y fiel a un tiempo. Esto no significa, naturalmente, que una persona no haya podido equivocarse en el discernimiento inicial o que no esté expuesta a situaciones difíciles que exijan una atención particular. No podemos analizar los casos individuales, que siempre son únicos y necesitan ser abordados con mucha delicadeza y comprensión, sino recordar el principio general. No estamos llamados tanto a ser felices (y menos a triunfar) cuanto a ser fieles. La Madre Teresa acuñó una frase inolvidable: “Dios no pide que tengamos éxito en todo, sino que seamos fieles”. La felicidad será siempre el fruto maduro, como por añadidura, de una vida que

busca, ante todo, conocer y cumplir la voluntad de Dios. Él nunca deja de dar sentido a nuestra vida (y, por lo tanto, de hacerla feliz), aunque pasemos por períodos de sombras, tentaciones y dificultades.

El «para siempre» es una cuestión de fe

En la experiencia de la fidelidad y la perseverancia intervienen muchos elementos psicológicos y culturales, pero el más decisivo tiene que ver con la experiencia de fe. Sin fe (*fides*), no podemos ser fieles (*fideles*). En la homilía que el papa Benedicto XVI dirigió a las personas consagradas el 2 de febrero de 2013 nos invitó a una triple experiencia de fe: (a) nutrir la fe que puede iluminar nuestra vocación, (b) tener una fe que pueda reconocer la sabiduría de la debilidad y (c) renovar la fe que nos hace peregrinos hacia el futuro. Para vivir el “para siempre” con alegría, el Papa nos invitó:



El primer amor que puso en marcha nuestro camino vocacional necesita un cultivo permanente

a) Alimentar una fe capaz de iluminar la vocación

Recordemos sus palabras: “Os exhorto por esto a hacer memoria, como en una peregrinación interior, del “primer amor” con el que el Señor Jesucristo caldeó vuestro corazón, no por nostalgia, sino para alimentar esa llama. Y para esto es necesario estar con Él, en el silencio



de la adoración”. El primer amor que puso en marcha nuestro camino vocacional necesita un cultivo permanente. Adorar a Dios significa reconocer su primacía en nuestras vidas por encima de todas nuestras preocupaciones y ansiedades. Siguiendo una analogía usada por san Antonio María Claret, nuestra vida consagra-

el otro extremo debe estar fijo en el centro. La adoración nos ayuda a pasar de la dispersión a la concentración, de la periferia de nuestra vida a su centro.

b) Tener una fe que sepa reconocer la sabiduría de la debilidad

En la vida cotidiana, el primer amor está expuesto a muchas tentaciones y perplejidades. Por eso necesitamos cultivar la sabiduría de la cruz: “En las alegrías y en las aflicciones del tiempo presente, cuando la dureza y el peso de la cruz se hacen notar, no dudéis de que la kénosis de Cristo es ya victoria pascual. Precisamente en la limitación y en la debilidad humana estamos llamados a vivir la conformación a Cristo, en una tensión totalizadora que anticipa, en la medida posible en el tiempo, la perfección escatológica (ib., 16).

”

Si soñamos con una vida religiosa siempre exitosa, nos será imposible ser fieles ante las dificultades

da funciona como un compás. Para que un extremo se mueva libremente y dibuje siempre un círculo perfecto,

En las sociedades de la eficiencia y del éxito, vuestra vida, caracterizada por la ‘minoridad’ y la debilidad de los pequeños, por la empatía con quienes carecen de voz, se convierte en un evangélico signo de contradicción”. Si soñamos con una vida religiosa que sea siempre exitosa y fácil, nos será imposible ser fieles cuando surjan las dificultades. Por eso, es necesario cultivar una fe que nazca de la cruz. La renuncia a uno mismo es esencial en esta forma de vida, siempre que sea expresión de amor y no mera represión.

c) Renovar la fe que nos hace ser peregrinos hacia el futuro

La rutina sin alma mata la fidelidad. Para ser fieles necesitamos estar siempre en marcha, reiniciando nuestro camino vocacional cada día, sin dar nada por sentado. El papa Benedicto XVI nos lo recuerda: “Por su naturaleza, la vida consagrada es peregrinación del espíritu, en busca de un Rostro, que a veces se manifiesta y a veces se vela: *Faciem tuam, Domine, requiram* (Sal 26, 8). Que este sea el anhelo constante de vuestro corazón, el criterio fundamental que orienta vuestro camino, tanto en los pequeños pasos cotidianos como en las decisiones más importantes”. La fidelidad, pues, no se identifica con la permanencia rígida en un instituto religioso, sino con la aventura interior de quien está siempre en camino buscando el rostro de Dios. No hay fidelidad sin búsqueda espiritual.

Creo que podríamos resumir en tres palabras lo que el papa Benedicto XVI recomendaba para cultivar la fidelidad y la perseverancia y, en consecuencia, para honrar el “para siempre”: adoración, humildad y peregrinación. Cada una de ellas im-

plica prácticas sencillas que hacen posible que el don de Dios crezca y alcance su plena madurez, incluso en un contexto cultural que no lo favorece. **VR**

1 Este artículo es una condensación del original publicado en inglés. Cf. G. FERNÁNDEZ SANZ, “Honouring the forever: cultivating fidelity and perseverance”: *Sanyasa* XVIII, n. 2 (2023) 121-129.

2 Cf. LLUIS OVIEDO, “Crisis de fidelidad en la vida consagrada: motivos y factores implicados”: *CONFER* 227 (2020) 341-356.

3 El documento de la CIVCSVA, *El don de la fidelidad. La alegría de la perseverancia* (2020) (DFAP) hace un análisis pormenorizado de las principales causas en la primera parte titulada “La mirada y la escucha” (nn. 5-22). Enumera las siguientes: los procesos de construcción de la identidad (n. 12), el oscurecimiento de la fe (n. 13), el modo de entender y vivir el celibato consagrado (n. 14), la fidelidad líquida (n. 15), el sentido de un vínculo orientado por normas (n. 16), la relación con el tiempo y el espacio (n. 17), las relaciones interpersonales y comunitarias difíciles (n. 18), la experiencia de soledad (n. 19), la tensión entre comunidad y misión (n. 20), la gestión del mundo digital (n. 21) y la relación con el poder y las seguridades económicas (n. 22).

HABLANDO EN DIALECTO



Cesiones

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

“**C**eda el paso”, “cesión de uso”, “futbolista *cedido* por su club...”. También Jesús, después de la purificación en el templo, se convirtió en alguien *cedido*. Para que no tuviera que quedarse sirviendo en el templo como correspondía a todo primogénito, sus padres ofrecieron como rescate por él dos tórtolas (no les llegaba el dinero para un cordero) y gracias a eso, en vez de pasarse la infancia como un aprendiz de levita, experto en inciensos y ofrendas, pudo volver a su casa y jugar tan contento en las calles de Nazaret.

Otro ejemplo de *cesión* pero al revés es el que cuenta el libro de Samuel: Ana, su madre, vivía desolada por su esterilidad y, cuando tuvo por fin un niño, lo llevó al santuario de Silo y dijo al sacerdote: “Este niño es lo que yo pedía y el Señor me ha concedido lo que le pedí. Ahora yo se lo cedo al Señor; por todos los días de su vida queda *cedido* para el Señor” (1Sm 1,27-28).

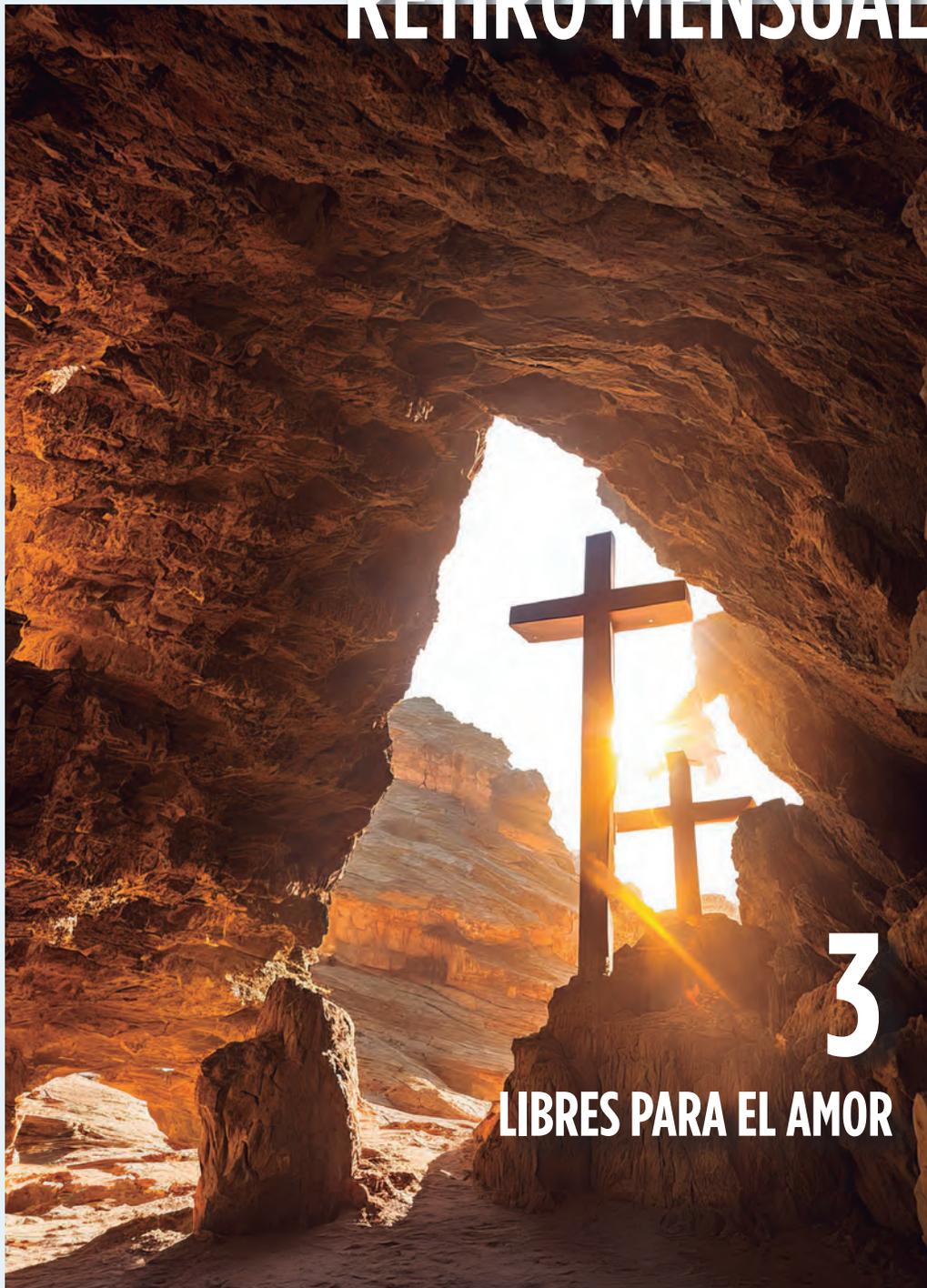
En los relatos de la Pasión, Jesús está en poder de Pilatos y cuando este se entera de que es galileo, se lo *cede* a Herodes que después de burlarse de él, lo viste de loco y se lo devuelve a Pilato (Lc 23,6-12).

Después de su muerte, José de Arimatea pide a Pilato que le *ceda* el cuerpo de Jesús y solo así pueden enterrarle (Jn 19,38).

Somos discípulos y discípulas de Alguien que llevaba en su ADN la condición de *cedido* y eso desde que, en la encarnación, el Padre nos lo *cedió*. Nosotros, en un momento de nuestra trayectoria vital, hemos oído una llamada a hacer *cesiones* y hemos hecho entrega de derechos, posesiones y libertades.

La Cuaresma es un momento excelente para recordar nuestra condición de *cedidos*, para dejar atrás pequeñas búsquedas de “recuperación de propiedades”, para reencontrar la alegría de pertenecer al Dueño que ha hecho de nosotros “*linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1Pe 2,4). **VI**

RETIRO MENSUAL



3

LIBRES PARA EL AMOR

Juan Carlos Martos, CMF

¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos? Solo si es así, podemos y debemos amar en la verdad y la misericordia a toda persona que encontramos en nuestro camino”¹. Nos la debemos formular cada uno y siempre. No solo en Cuaresma. Los comentarios que aquí se proponen tienen el único fin de que a la pregunta anterior podamos responder con palabras de Casaldáliga, obispo y poeta: “Si he amado, Señor, a Ti te he amado”.

Lo único necesario

Hemos abierto los retiros de 2024 con las virtudes teologales. La fe nos revela que Dios nos ama. La esperanza nos da la certeza de que en el fondo de todo hay un bien. La caridad nos asegura que ese bien es amor. La naturaleza de toda vida cristiana y de toda vida consagrada se apoya ante todo en sentirnos amados de forma estable, definitiva, irrevocable, incondicional. Cuando falta se vuelve insoportable. El amor es insustituible. Lo único necesario.

El primer paso es dejarnos amar. Para que nuestra vida sea consagrada se requiere que sea, ante todo, “vida”. Enfermamos si nos falta el amor. Su carencia degenera en neurosis, desgarró, sinsentido. Podemos tener fe y vivir una vida entregada, coherente y sin embargo... estar mal por carecer de amor. La mayoría de las patologías se originan en esta dolencia de amor. Ni siquiera tener fe o esperanza es suficiente. “Aunque tenga tanta fe que traslade montañas, si no tengo amor no soy nada” (1Cor 13,2).

No basta una vida ética intachable, ni unos conocimientos teológicos profundos ni una consistencia personal sana y madura... El amor o

La Cuaresma invade casi todo el calendario de marzo. Es un tiempo preparatorio para la Pascua del Señor. La sabiduría del Evangelio nos emplaza a vivirla ejercitando el ayuno, la oración y la caridad. No son ejercitaciones independientes entre sí. Las tres son expresión del amor. Nuestro retiro entronca con este ambiente cuaresmal y nos centra en el primado del amor.

Sigue siendo actual la pregunta que hace tiempo el papa Francisco nos hacía a los consagrados: “Jesús...

es una experiencia o no es. Al llamarnos el Señor no nos ha entregado un manual de conducta o una síntesis doctrinal o una estructura que nos dé seguridad. Nos ha dado su amor. No necesitamos que se nos explique cómo debemos amar y cómo amarnos. Necesitamos, ante todo, “saber-nos amados”.

Dos falsificaciones del amor

Amor es palabra ambigua. A veces se presenta bajo dos propuestas mentirosas. Dos formas de seguridad doctrinal o voluntarista que nos vuelven fariseos autoritarios. Y así, en lugar de amar lo que hacemos, es analizamos y clasificamos a los demás. En lugar de facilitarles el acceso al amor, los controlamos. “En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente”².

El error gnóstico

La gnosis es una falsificación que pervierte la fe. Nos lleva a creer que el amor consiste en saber cada vez más, leyendo, razonando, viviendo solo desde nuestro lado mental. Y a medida que vamos adquiriendo más saberes y conocimientos, podemos irnos quedando más vacíos e insatisfechos. Decía san Ignacio de Loyola: “No el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y el gustar de las cosas internamente” (EE 2). Nada sustituye a la experiencia del amor que llena la vida.

El error pelagiano

Otra deformación del amor es reducirlo a voluntarismo. “Aunque reparta todos mis bienes y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve” (1Cor 13,1). Así, aunque hablemos de amor, de suyo podemos estar confiando solo en nuestras fuerzas y sentirnos su-

periores a otros, superactivos o exquisitamente fieles a un cierto estilo de vida consagrada. Pero el amor no se reduce a ser “perfectos” o cumplidores. Sería confiar solo en nosotros mismos. Amar no se reduce a hacer. Se puede hacer mal el bien.

Zaqueo, la gratuidad del amor

Veamos cómo es el amor en un relato evangélico. La historia de la conversión de un pequeño mafioso llamado Zaqueo ocurre en Jericó, la ciudad de las palmeras. Su nombre (*sakai*) significa “puro, inocente, justo”, pero por su profesión era lo contrario: rico y jefe de los que cobraban impuestos, un ladrón legalizado. Su historia es un relato de amor y se encuentra en Lucas 19,1-10.



¿Qué nos dice la multitud? Que hagamos como todos, que no nos compliquemos la vida

La inquietud de Zaqueo.

Zaqueo deja hablar a su inquietud interior, a su insatisfacción. No puede colmarla con cosas materiales, porque la suya es una necesidad infinita de amor, del amor más grande. El libro de Qohelet dice que Dios ha puesto en el corazón del ser humano el infinito.

Zaqueo quiere ver a este Jesús de quien ha oído hablar. Sabe lo que los publicanos piensan de él. Y también lo que Jesús ha dicho de los ricos, de los que siempre ansían tener más

y más. Pero también ha oído decir que Jesús es amigo de los que son como él, amigo de publicanos y de pecadores. Esa tuvo que ser la chispa que provocó el ir a verle. Pensaría: ¿Quién sabe si este Jesús podrá curarme de esta insatisfacción que me atormenta?

Dos dificultades a superar

Llegar hasta Jesús no le fue fácil. Encontró dos dificultades para conseguirlo. La primera, la multitud que no le dejaba ver. ¿A quién representa la multitud? Es la mentalidad del mundo actual, lo que se escucha en los medios, las propuestas de vida gritadas desde las redes sociales... ¿Qué nos dice la multitud? Que nos adaptemos, que hagamos como todos, lo que nos gusta, que no nos compliquemos la vida...

Su segunda dificultad nos ayuda a entender la personalidad de Zaqueo: su baja estatura. Serlo puede significar sentirse por debajo de los demás o ser menos que los otros. Es una enfermedad interior que podríamos definir como una humildad “estropeada”. Pero infecta de lo contrario, de soberbia, que empuja a situarse por encima de los demás, a imponerse.



Dios necesita de los hombres, los busca; se abaja y levanta sus ojos hacia cada persona

Pero ser de baja estatura es también una bella imagen de los pequeños de los que habla el Evangelio, de los que se sienten limitados y caren-

tes y buscan a Jesús de Nazaret. Él advirtió severamente a sus discípulos que no fueran un obstáculo para que los pequeños se encontraran con Él, que no se convirtieran en “multitud”.

El punto estratégico, el sicomoro

Zaqueo busca un lugar para ver a Jesús desde otra perspectiva que la multitud. No puede subir a una azotea porque negarían hospitalidad a alguien como él. Y encuentra un sicomoro. Su follaje le permite ver sin ser visto y ocultar así sus complejos, su vida. Zaqueo se convierte en el símbolo del esfuerzo que todos estamos llamados a hacer. No hay que adecuarse a los pensamientos de la multitud. Cada cual debe pasar por el ridículo de comportarse como un niño que trepa a un árbol desde donde encontrarse con Jesús.

Lo decisivo es que Zaqueo quiere ver al Señor. Este es un dato muy revelador. Siempre conservamos dentro de nosotros el deseo de ver al Señor. Aunque llevemos una doble vida o pasemos por una racha malísima, dentro de nosotros guardamos ese ardiente deseo. Hasta los peores anhelan ser felices, dar un sentido a su vida, tener un encuentro con Aquel que tiene palabras de vida.

Una mirada, una llamada, una invitación

Jesús pasa por allí y da una primera sorpresa a Zaqueo. El evangelio nos dice que levantó los ojos. Es Jesús quien se percata y levanta la mirada hacia él. Zaqueo se habría conformado simplemente con ser un espectador, ver pasar a Jesús sin oír que le llamaba por su nombre. Al sentirse mirado debió pensar: “Me está buscando precisamente a mí”.

Con ello Jesús está revelando a un Dios completamente diferente del que se imaginaba, un Dios que necesita de los hombres, que los busca. Dios se coloca abajo y levanta sus ojos hacia cada persona. Lo que le habían enseñado a Zaqueo se invierte. No sabía cómo era Dios. Ve que Jesús está también con los justos, pero cuando hay alguien que necesita su amor, un pecador, inmediatamente su impulso, su atención, su interés va hacia él. Jesús es el que ve primero al que incluso se avergüenza de ser visto, por su vida torcida.

Y luego, oye que le llama por su nombre. Zaqueo (*sakai*) piensa: “¿Me llama puro... a mí que soy un ladrón corrupto?”. Así es el amor. No ve el mal, solo el bien. Le identifica con la parte buena de Zaqueo, la que tiene toda persona. Solo Dios ve todo el bien que hay en nosotros.

Y le dice: “Apresúrate y baja”. ¿Quién tiene prisa en la vida? Solo los enamorados. Jesús se revela como enamorado del hombre, tal como es, no de la persona ideal sino de la real. Y le conmina: “Debo hospedarme en tu casa”. No dice “me gustaría”. No. Dice “debo”; es una necesidad irresistible. Así es nuestro Dios, necesita estar con los que necesitan amor. Y pide hospitalidad. Todos tenemos una casa donde recibir a Dios o dejarlo fuera. Siempre nos queda el miedo de que, si le dejamos entrar, no podremos ser felices, no podremos hacer lo que queramos... ¡Qué equivocados! Si Dios entra es solo para traernos alegría. Zaqueo lo entendió al instante y le abrió las puertas de su casa y las de su corazón.

Las críticas de la gente

¿Qué pasa con los que están al lado de Jesús? Todos empiezan a

murmurar. Todos critican la decisión de Jesús de ir a la casa de un pecador. Jesús perjudica su nombre y su causa, pierde su fama. Imaginemos los comentarios: “Mira, otro más, ese mercader de palabras enseguida ha entendido dónde está el dinero”. Porque no se puede, ganar las simpatías de una ciudad yendo a almorzar con el “mafioso del barrio”. Pierde por completo su credibilidad ante los ojos de Jericó. ¿Y todo por qué? Solo por amor; por amor a Zaqueo.



Quien acoge al Dios presente en Jesús se convierte en un hombre nuevo

Es la tercera vez que en el evangelio de Lucas se critica a Jesús. El motivo es siempre el mismo. La primera vez fue cuando sacó de su banco de impuestos a Leví y después hizo fiesta con los publicanos y pecadores; la segunda vez, al principio del capítulo 15, cuando comía y hacía fiesta con publicanos y pecadores. La tercera vez, ahora, con Zaqueo.

Cuesta aceptar a un Dios que ama incondicionalmente. La misericordia siempre es escandalosa. Dios no se fija en las categorías sociales. Busca a los pecadores que necesitan ser tocados por el amor. Los que se resisten por no entender ese “amor loco” quedan fuera. Su amor es gratuito, no merecido. “Merecido” conecta con “meretriz”,

amor pagado. Dios no pone precio a su amor.

La “declaración de renta” de Zaqueo

Habremos escuchado sermones en los se hablaba de un Dios severo que amenaza con castigar a los que transgreden sus mandatos. Esos predicadores creen que solo así es posible que las personas cambien. Pero ocurre lo contrario: la adhesión a ese Dios exigente es lo que hace que la gente empeore y se vuelva intransigente y fría.

Veamos lo que le ocurre a un hombre que acoge en su casa, en su corazón, en su vida, al Dios de Jesús. ¿Qué le ocurre a Zaqueo? El texto dice que “Se puso en pie”, es decir, “vuelve a ser puesto en pie” por el Dios al que ha acogido en su casa. Quien acoge al Dios presente en Jesús se convierte en un hombre nuevo, un hombre que se asemeja al Dios que comienza a conocer, un Dios que es amor, solo amor y amor gratuito.



La conversión nace de un encuentro que deja libre para tomar la decisión de cambiar

De hecho, añade: “Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres”. Si hubiera creído en un Dios malvado no se hubiera comportado así. El Dios que ama gratuitamente ve enseguida a los que pasan necesidad. Zaqueo no veía a los pobres; ahora, bajo la mirada de Dios, los mira y les da lo que tiene. Entiende que el va-

lor de una persona no depende de lo que posee, sino de lo que da. Esto no se lo ha pedido Jesús, es Zaqueo quien lo ha decidido. Su conversión nace de un encuentro que le deja libre para tomar la decisión de cambiar, libre para amar. No le obliga ni le crea sentimientos de culpa.

La salvación

“Hoy ha llegado la salvación, ya que también él es hijo de Abrahán”. Zaqueo ha acogido el amor mediante un acto de libertad que rompía con su pasado. La salvación es dejarse amar por Dios, abrirle la puerta, estar con Él, escucharle... y ver qué pasa. Ahí se detiene el relato. Nos hubiera gustado que siguiera contándonos qué ocurrió después. Pero sobre Zaqueo no se vuelve a hablar. Hay alguna historieta que dice que llegó a ser obispo de Cesarea; es solo una historieta. Lo más importante es lo que le pasó... y lo que también nos puede pasar a nosotros.

El secreto de Jesús

La historia de Zaqueo nos manifiesta cómo el Dios de Jesús ama de manera gratuita e incondicional. Su amor nos fue manifestado de múltiples maneras. Pero, en la plenitud de los tiempos, tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su Hijo único. Jesús es la manifestación del amor de Dios que se entrega hasta el extremo. Y nos pide que permanezcamos en su amor. No nos obliga a amar, pero se lamenta de la falta de correspondencia a ese amor que “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). Podemos amar a los demás con su mismo amor porque participamos del mismo amor de Aquel a quien el Padre dice: “Tú eres mi Hijo amado”. Más aún, par-

ticipamos de lo que fue el “secreto” de Jesús, lo que le ardía desde dentro y le movía a entregarse en obediencia a las cosas de su Padre. No acataba órdenes venidas de arriba ni montaba planes por su cuenta, sino que convertía en alimento y fuente de energía la voluntad del Padre amado al que indeciblemente amaba. Por tanto, el amor precede a la misión de Cristo en esta tierra. Él, a su vez, nos ha dado a conocer ese amor y nos ha capacitado para amar. Tal amor despliega al menos tres efectos en nosotros: un vínculo, un sentido y una finalidad.

Un vínculo

El sueño de Dios ha sido siempre y sigue siendo para siempre establecer una Alianza de amor con esas criaturas que Él creó “a su imagen y semejanza”, con los seres humanos, como personas y como comunidad. Estamos habitados y vinculados. Somos templos del Espíritu Santo, incluso cuando nos sentimos perdidos y detestables. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros, y que habéis recibido de Dios? Ya no os pertenecéis a vosotros mismos” (1Cor 6,19). Aunque nos sintamos necesitados, impotentes, incompletos... el Dios de Jesús nos asegura: “Tú eres mío”. Eso es tan cierto que nos debería hacer entender el amor como una alianza mutua, un vínculo que nada puede romper. Amar es sentir que “no nos pertenecemos” y eso nos lanza a atrevernos a las cosas más grandes. Es el Espíritu el que nos hace libres.

Un sentido

Es el segundo efecto. El amor llena de significado la vida. Cuando falta el amor todo se vuelve insípido,

insulso, carente de interés. Cuando esto ocurre, el problema está en la raíz. El “sin sentido” normalmente deriva de no sentirse amado. Su origen es más profundo de lo que indican aquellos síntomas; aparecen al no sentirse acogidos ni amados. Ese malestar se somatiza. El error está en las relaciones, no tanto en la mecánica del organismo.

Muchas patologías de nuestras comunidades con frecuencia tienen su origen en el “problema afectivo”, cuando no se cuida el saberse amados y amar. Nuestros conflictos y divisiones no se resuelven únicamente con protocolos de paz o dinámicas de grupo. En realidad, cuando “estamos en guerra”, los protocolos ocultan sus raíces; son formas artificiales de tapar la verdadera naturaleza de la tensión. Solo se solucionan yendo a la raíz. Si no nos sentimos amados, incluso una cucharilla que caiga al suelo puede convertirse en motivo para enfrentarnos.



**Hemos de estar atentos,
dependemos del amor de Dios.
Él nos ha creado para amar**

Un destino

El amor también nos da un fin, un destino, una dirección. ¿Cuál es ese destino? Volver a la casa del Padre donde todos nos encontremos como hijos y hermanos. El cómo conseguirlo se deja a nuestro ingenio. El Señor nos da pertenencia y destino, punto de partida y de llegada; todo va adelante con tal de que lo que hagamos tenga una dirección.

Aunque Dios busca hacernos partícipes de su amor, por desgracia, el mal provoca justamente lo contrario: nos ofrece falsos motivos que nos llevan a creer que no lo somos o no lo somos suficientemente. Con falsas razones nos asalta por donde somos más vulnerables y franqueables hasta hacernos dudar de su amor, impidiéndonos amar y servir con presteza. Hemos de estar atentos. Dependemos del amor de Dios. Nadie puede darse el amor a sí mismo. Hemos pedirlo a Quien puede; Él nos ha creado por amor y para amar.

La novela *Los miserables* de Víctor Hugo recoge una bella parábola del amor. Se trata del diálogo entre el obispo de Digne y Jean Valjean, perseguido por la justicia y que se alojó en su casa sin decir su nombre. Así lo narra:

“-Señor cura -dijo el hombre-, sois bueno; no me despreciáis. Me aceptáis en vuestra casa. Encendéis las bujías para mí. Y, sin embargo, no os he ocultado de dónde vengo y que soy un miserable.

El obispo, que estaba sentado a su lado, le tocó suavemente la mano: -Podéis excusaros de decirme quién sois. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esa puerta no pregunta al que entra por ella si tiene un nombre, sino si tiene algún dolor. Padedéis, tenéis hambre y sed... pues sed bienvenido. No me lo agradezcáis; no me digáis que os recibo en mi casa. Aquí está en su casa el que precise un asilo. Así debo decíroslo a vos que pasáis por aquí; estáis en vuestra casa más que yo en la mía. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además, tenéis un nombre que antes que lo dijeseis, lo sabía yo.

El hombre abrió sus ojos, asombrado. -¿De veras? ¿Sabéis cómo me llamo? -Sí -contestó el obispo- ¡Os llamáis mi hermano!”. **VR**

1 Cf. Carta apostólica del papa Francisco a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, Roma 21 de noviembre 2014; n. 2.

2 *Evangelii gaudium*, 94.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- Relee despacio personalmente el relato del encuentro de Jesús con Zaqueo. Sencillamente deja que afloren mensajes que te afecten. No razones. Métete en el relato y déjale que te hable a ti.
- ¿Amas a Jesús? Puedes explicarte ese amor de alguna manera. ¿Te has sentido amado alguna vez especialmente por Jesús? Puedes narrar lo que pasó con tus palabras. Recuerda y actualiza.
- Te encuentras ante alguien que te dice que no se ha sentido jamás amado por nadie... ¿qué le puedes decir?, ¿cómo hablar en serio con esa persona, consolarla y orientarla?

ALGO ESTÁ BROTANDO



La nube

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Me acaba de suceder una de esas cosas que solo pensarla ya te pone mal cuerpo y peor espíritu. En una de esas idas y venidas de aeropuertos, me ha desaparecido el ordenador. Tal como lo oyes. No sé en qué momento sentí más ligera mi mochila ni si fue olvido en algún control o robo. El caso es que desapareció.

Debía de estar un poco en las nubes sin la suficiente atención, aunque también gracias a la nube famosa puedo seguir teniendo la información que contenía el ordenador. Pero ¡que mal cuerpo!

Recuerdo haber oído hace años la historia de un religioso misionero en África al que se le quemó la choza en la que tenía todas sus pertenencias y recuerdos. Solo pensarlo estremece. Perder todos los recuerdos y pequeños sacramentos, memoria de tus padres, hermanos o amigos.

Y me viene a la mente el pasaje de Lucas 10,3: ¡d; mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Esto suena muy audaz, incluso romántico o épico, pero qué difícil es vivir a la intemperie y confiando.

Dice Juan de la Cruz que Dios, que te ha regalado sus dones, te seguirá cuidando, que los dones no son para aferrarlos o atarte a ellos, que necesitas soltar para descubrir que el don es la confianza y fiarte. Manos vacías, decía Teresa del Niño Jesús.

¡Cuánta riqueza en esta pobreza! ¡Cuánto brilla una vida consagrada desprendida de sí, libre y con los bolsillos vacíos de su propia seguridad! Mi madre siempre decía: “somos ricos”, y se tomaba el helado con alegría de niña.

Somos tan ricos y no siempre lo disfrutamos.

De cualquier forma, nos queda la nube, con el dato más importante, aquella voz que salía de esa nube: “Tú eres mi hijo”. Y este es el secreto y la única seguridad de nuestra consagración; lo demás nos lo pueden robar o podemos perderlo, pero no esa voz.

“Hay gente que, con casi nada, lo tiene todo” (Roger de Taizé). 



Liliana Franco, ODN

Escuchar es el imperativo

La vida religiosa es hoy más multicultural que nunca. *Vida Religiosa* quiere hacerse eco de las voces que nos llegan desde los diferentes continentes, en especial desde América, donde la revista es leída por muchas personas consagradas. Escuchar es siempre el primer paso para discernir y actuar.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF
DIRECTOR DE VR

La hermana Liliana Franco, presidenta de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR), es de sobra conocida en las páginas de esta revista. Participó también en la última Semana Nacional de Vida Consagrada en Madrid con una ponencia titulada “La profecía de lo comunitario: una osada esperanza, una impostergable metanoia”. Su voz autorizada nos ayuda a sintonizar con el camino que la vida religiosa está recorriendo en las iglesias de Latinoamérica. Una vez más ha accedido con amabilidad a responder a algunas preguntas. Profundizamos con su ayuda en el documento “Vida consagrada, centinela vigilante de las llamadas del Espíritu”.

La CLAR ha publicado recientemente el documento “Vida consagrada, centinela vigilante de las llamadas del Espíritu” que lanza cinco provocaciones a la vida religiosa. Antes de profundizar en cada una de ellas, ¿cómo se gestó este documento y qué objetivos pretende?

Escuchar la realidad de la vida religiosa y, sobre todo, lo que las nuevas generaciones se preguntan, nos llevó a querer ahondar en lo que supone hoy vivir la plenitud de nuestra identidad en misión y dar una mirada a la manera como se tejen las relaciones, nuestros ecosistemas comunitarios e institucionales.

Sentíamos además la necesidad de participar activamente en esta tercera fase del Sínodo, dejando resonar de manera vital la pregunta: ¿Cómo ser una Iglesia sinodal en misión? Y eso requiere preguntarnos, seriamente, por la misión, los modos relacionales, la manera como vivimos la autoridad, la obediencia...

Pretendemos que la vida religiosa del continente profundice es estos aspectos y que los insumos que sur-

jan, fruto de la reflexión, sean el contenido que propicie la conversación en el Espíritu en la próxima Junta Directiva de la CLAR, que se realizará en el mes de abril en Honduras. De tal manera que, como vida religiosa, podamos hacer llegar a la secretaría del Sínodo nuestro aporte para esta etapa del proceso sinodal.

¿Cómo está afectando la etapa de secularismo y la nueva conciencia espiritual de la humanidad a la VR que peregrina en América?

Sin lugar a duda está purificando la vivencia de la fe y movilizándonos a querer vivir desde lo profundo, cuidando la centralidad en la Palabra de Dios y el testimonio. También priorizando la conformación de pequeñas comunidades en las que sea posible vivir contraculturalmente desde los valores del Evangelio y en el deseo de responder significativamente a los desafíos del momento histórico.

Nos está urgiendo a nuevos modos relacionales, a la mística de convivir. El horizonte es caminar como hermanos y hermanas, en gratuidad, acogiendo las diferencias, potenciando lo mejor de cada uno, construyendo un proyecto común, entonando la melodía de la fraternidad. La andadura sinodal supone conversión a la Iglesia. Y, en ella, a la vida religiosa le corresponde ser esa narrativa creíble de lo que la sociedad espera encontrar en ella. Eso pasa por generar la necesaria dinámica de relación, de encuentro en complementariedad y en reciprocidad. Se trata de hacer posible el “nosotros” eclesial, de trascender singularidades, para vivirse en el don de la pluralidad, es ahí donde acontece el sentido de Iglesia, el *sensus Ecclesiae*. Y esa conversión, que requiere

trascender individualismos, debemos hacerla todos, porque todos podemos caer en la tentación de la suficiencia que limita para salir, para ir más allá y disponerse en condición de discípulos al encuentro.

¿Qué tipo de “conversión pastoral” necesita la VR para que colabore eficazmente con la “misión de Dios”, no solo en América, sino en otros continentes?

Volver la mirada a Jesús, para aprender de Él que toda radicalidad misionera debe brotar de una vivencia espiritual, de un verdadero vínculo con Dios y una decidida pasión por el Reino. Eso hoy nos exige escuchar, desaprender, intentar otras maneras de ser y estar en medio de nuestro pueblo.

Se requiere una conversión de las actitudes; osadía y riesgo, no paralizarse ante las cifras que revelan disminución o envejecimiento y no estancarse rígidamente en el afán de “organizar (o reorganizar)” para estar más tranquilos y cómodos.

El pueblo no nos pide “que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio” y no mengüemos en coraje misionero, en radicalidad fraterna y en alegría.

¿Cómo se debe vivir la obediencia y, en general, las relaciones para que sean expresión de una VR verdaderamente sinodal y profética?

Ponernos todos en actitud de escucha al Espíritu desde un plano de igualdad, no de la superioridad que da el tener un servicio en la comunidad, que muchas veces se confunde con el poder.

Escuchar es el imperativo, la condición para que pueda acontecer un auténtico proceso de conversión y

reforma. Será necesario superar el clericalismo y generar dinámicas relacionales en las que la voz de todos pueda resonar en su peculiaridad, en su belleza y con la fuerza suficiente para generar reflexión y acción que movilice al cambio. Escuchar exige una disposición del corazón a salir de los propios esquemas y de las cerrazones en las que tantas veces se arraigan las posiciones fundamentalistas.

La obediencia requiere discernimiento para poder conjugar la atención a la realidad, en la que Dios acontece, con respuestas audaces, articuladas y, sobre todo, evangélicas.

En las dinámicas relacionales estamos llamados a privilegiar lo que humaniza: las actitudes, el diálogo, el encuentro en gratuidad, los procesos; lo que tiene que estar en el centro es la persona. Nos debe movilizar un deseo: crear ecosistemas comunitarios y apostólicos sanos.

¿Afecta también la sinodalidad a los modelos formativos? ¿Qué deberíamos cambiar o aprender para caminar al ritmo de la Iglesia?

La formación tiene que ser sólida y no rígida. Es fundamental tratar a las personas como personas, sin infantilizarlas ni utilizarlas como “mano de obra”. Superar la creencia de que, por estar en formación, deben “aprender” o mejor “repetir” lo que les entregamos.

Lo importante será crear condiciones para vivir el carisma y juntos crecer en la consciencia de lo que significa ser hermanos, dejarnos inspirar y transformar por la fuerza del Espíritu.

Dejar de considerar a las personas en formación iniciales meros “receptores”, “menores” y, más bien, reconocerlos como “constructores” en un

momento histórico que es el suyo. Es importante que la formación sea contextualizada y que posibilite que surja lo mejor de las personas.

Una vida religiosa habitada por la esperanza, configurada por la esperanza, es la que se sitúa en el lugar de la humildad y desde allí escucha para desentrañar todo lo que debe transformar para ser significativa y evangélica. Es la que cree en el valor de lo germinal y en la que se tiende naturalmente a humanizar, trascendiendo modos de proceder y formas institucionales; es la que permite que entre aire fresco, la que no encasilla a las nuevas generaciones en moldes estrechos y heredados, sino que les permite reconocer su propio don y crecer al ritmo del Espíritu; es la que se sitúa más allá de los límites de lo establecido, la que supera su actitud de guardiana de tradiciones y se mueve al ritmo de la flexibilidad que trae consigo escuchar muy de

mañana a su Dios y dejarse conducir por Él, por senderos inéditos.

¿Se va viendo qué tipo de autoridad y liderazgo necesitamos para este momento de la VR? ¿Cuáles serían los rasgos más significativos?

En momentos de fragilidad y vulnerabilidad es cuando hay más riesgo, más “peligro” de autoritarismo. Habría que insistir en un estilo de autoridad dialogante, flexible, que aliente la participación, la implicación y la corresponsabilidad.

Necesitamos líderes centrados en el Señor, orantes; que vivan con gozo su vocación y capaces de esperanza, incluso en los momentos más inciertos, conscientes de la acción de Dios y lo suficientemente humildes para saber que todo es gracia. Apasionados por el Reino, serenos y lúcidos al momento de tomar decisiones; amables, cercanos y misericordiosos al momento de generar



vínculos; claros y osados en los discernimientos para abrir horizontes de futuro. Aptos para trabajar con otros, libres para dar su opinión, abiertos para recibir la de otros, flexibles para buscar solo el querer de Dios.

Será necesario superar el clericalismo, la verticalidad que anula la pluralidad, la tendencia a la hegemonía cultural que desdibuja la belleza del otro. Será conveniente reconocer el afecto invasivo y la manipulación afectiva, que desvirtúan el auténtico amor. Habrá que desechar el narcisismo que nos ubica en el lugar de la superioridad. Tendremos que pedir la gracia de convertir el corazón y generar dinámicas relacionales en las que la voz de todos pueda resonar en su peculiaridad, en su belleza y con la fuerza suficiente para generar reflexión y acción que movilice al cambio.

La preocupación por las estructuras de la VR estuvo muy presente décadas atrás. ¿En qué sentido hoy necesitamos seguir renovándolas?

Las estructuras están al servicio de la vida, habría que flexibilizarlas y adaptarlas a las circunstancias.

Si seguimos pensando que tienen que existir comunidades con determinado número de miembros, estructuradas en función de rutinas cotidianas inflexibles, nos vamos a estancar concentrados en esos espacios y obras que dan seguridad, que acomodan y que nos impiden ir más allá.

Tendríamos que caminar hacia comunidades itinerantes, como los primeros discípulos que iban de dos en dos... y que se encontraban para orar, agradecer, renovar fuerzas seguir sembrando Reino.

Avanzar hacia espacios y proyectos intercongregacionales y eclesiales



que nos potencien para el intercambio de dones y nos permitan vivir la plenitud de nuestra identidad: somos mística, misión y profecía y eso siempre con otros.

El hoy de nuestra historia eclesial nos exige situarnos con profunda humildad, reconocer la fragilidad, el pecado que ha salpicado las estructuras de nuestra Iglesia. Tenemos que develar lo que está en la raíz de la crisis eclesial. La crisis evidencia un modo de relacionarnos que ha estado alejado del querer de Dios. Nos hemos acostumbrado a convivir en medio de relaciones rígidas y autoritarias, estilos clericales y fundamentalismos excluyentes, afectos invasivos y aislamientos dolorosos. Hay que purificar las relaciones. Este es, sin duda, un tiempo de gracia, propicio para la conversión, pero nos exige aprender a situarnos, reaprender el arte de la relación, ubicarnos en el lugar de las víctimas y caminar hacia un nuevo modo de ser Iglesia, más sinodal, más sencillamente fraterno, en el que hay lugar para todos.

El hoy de nuestra Iglesia nos exige ejercitarnos en la profecía de lo comunitario, caminar con consciencia de que somos pueblo de Dios y con osadía situarnos humildemente, desenmascarando las marañas del poder que deshumanizan. Se trata de volver a lo original del Evangelio y optar por el amor que dignifica.

Por último, desde tu condición de latinoamericana concedora de Europa, ¿qué podría aportar hoy la VR de América a la VR europea y viceversa? ¿Ves algunos aportes que podrían enriquecernos mutuamente?

Lo fundamental es partir de los contextos, no querer homogenizar. En ese sentido, en ambos contextos

tendríamos que conectar con las inquietudes, necesidades y sueños de los hombres y mujeres de cada lugar.

El mundo está cambiando vertiginosamente y se está configurando otro ser humano. No podríamos dejar de velar por el verdadero humanismo, el que cuida la vida, la defiende, respira y entrega ternura y misericordia. Volvemos duros y recios por las inclemencias de este tiempo no revelaría, con nitidez, la bondad y misericordia de nuestro Dios, que pasó consolando, curando, escuchando, saliendo a los caminos...

En ambos contextos (el europeo y el americano) tendríamos que vencer la tentación de la búsqueda de seguridad y seguir apostando por los espacios de frontera. Si los abandonamos, más rápido se acerca el fin... aunque creamos lo contrario.

En ambos tendríamos que volver la mirada a Asia y a África. La vida religiosa de esos continentes nos enseña la mística de escuchar a Dios en el silencio, en la naturaleza; la resistencia ante las dificultades; el valor de lo común... Tendríamos que incluir y escuchar más esas voces del territorio.

Lo importante será seguir tejiendo redes de vínculo e intercambio. **VI**

1 PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 76: AAS 68 (1976), 68. (EG 151).



Volver a la profecía de nuestra vocación

Silvia Rozas

HIJA DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

A principios de febrero, más de 300 consagrados de 62 nacionalidades nos encontramos en Roma como preparación para el Jubileo de la Vida Consagrada que celebraremos en octubre de 2025. Un encuentro excepcional para experimentar a Jesús que une y alienta en todos los rincones de la Tierra, para sentir la universalidad de la Iglesia y conocer desde dentro el sufrimiento de tantos hermanos nuestros. La escucha y el diálogo sobre luces y sinsabores de la Iglesia y del mundo nos llevó a afirmar en alto que estamos llamados a ser testigos creíbles del Evangelio, a ser profetas en nuestro tiempo y a convertirnos en signos de reconciliación y de paz. Nada fácil. La profecía, rasgo característico de la vida consagrada, resuena diferente en España que en Venezuela, en Cuba, en Nicaragua... lugares marcados por la represión.

Cada vez se hace más necesario volver a la profecía de nuestra vocación. Anunciar a Cristo con la vida, con los dos pies en el suelo de los sufrimientos actuales, y denunciar con misericordia las injusticias de nuestro mundo, mirando siempre a quien hemos entregado la vida para siempre. ¿A qué somos llamados los consagrados si no es a encarnar el Evangelio en el siglo XXI descu-

biendo cómo Él sigue caminando por nuestras calles?

Escuchando y dejándome cuestionar por hermanos de otras instituciones, creo urgente pedir con humildad la gracia de reconocer y superar la tentación de la comodidad en nuestros proyectos de siempre y la tentación del bienestar en unas comunidades un tanto aburguesadas que, quizá, ya no cuestionan. ¡Cómo resuena en mí la urgencia de volver a la profecía de nuestra vocación, abriendo puertas y ventanas para que entre la Vida y nos revolucione a todos!

Este año de preparación para el Jubileo 2025 es tiempo para levantarnos, salir de nosotros mismos, escuchar a Cristo que vive en el siglo XXI y en la persona de la posmodernidad, dialogar con lo diferente. Solo así podremos ser signos de reconciliación en nuestro mundo. Es tiempo para abrir, abrir, abrir, abrir... y que entre la Vida. Es la hora. **VR**



Cuando todos los cristianos eran «religiosos»

Redacción de VR

Si la vida religiosa es algo que pertenece a la vida y santidad de la Iglesia, como dice el Concilio (LG 43), por fuerza tendrá que haber una razón válida para que el Espíritu a quien el mismo Concilio le atribuye el origen de la vida religiosa (LG 43) no haya suscitado semejante modo de existencia cristiana desde el principio de la Iglesia, sobre todo si se tiene en cuenta que a partir del siglo IV la vida religiosa se plasmará en incontables manifestaciones de todo tipo.

Una primera respuesta se desprende de la misma definición de la vida religiosa como carisma. Si la vida religiosa es un *carisma*, “un don divino que la Iglesia recibió de su Señor” (LG 43), ha de ser necesariamente para una *utilidad* del pueblo de Dios. Por lo mismo, si durante los tres primeros siglos de su historia la Iglesia no conoció un tal carisma, habrá que concluir que no era necesario en la comunidad eclesial.

La aparición del monacato a finales del siglo III, y, sobre todo, su im-

presionante crecimiento a partir del siglo IV, causaron una profunda admiración entre los fieles, porque constituía realmente una *novedad* en las comunidades cristianas. Bastaría, para demostrar esta novedad de la vida monástica, un pasaje de Tertuliano:

“Sed alio quoque iniuriam titulo postulamus, et infructuosi in negotiis dicimur. Quo pacto homines vobiscum degentes, eiusdem victus, habitus, instructus, eiusdem ad vitam necessitatis? Neque enim Brachmanae aut Indorum gymnosophistae sumus, silvicolae et exules vitae”¹.

Tertuliano rechaza las acusaciones de los paganos contra los cristianos, que eran tachados de gentes extrañas, ociosas, inútiles para la sociedad. Y su argumentación se apoya en el hecho de que los cristianos viven como los demás ciudadanos del Imperio. No son como los brahmanes ni los filósofos de la India que se apartan de la sociedad para vivir en las selvas.

Que la vida monástica constituía una novedad en las comunidades cristianas de comienzos del siglo IV lo demuestra también el hecho de que los mismos autores monásticos discuten entre sí acerca de quién fue el primer monje propiamente dicho. Y, así, mientras Atanasio le atribuye esta primacía a su héroe san Antonio², san Jerónimo reivindica este honor para san Pablo de Tebas³. También puede ser significativo el hecho de que los comentaristas de la vida monástica de los primeros siglos, cuando se refieren a sus orígenes, siempre dan el salto desde san Antonio o desde san Pablo de Tebas hasta san Juan Bautista por la similitud del género de vida del Precursor con la de los monjes del desierto, con lo cual dejan un vacío de vida monástica de tres siglos.

En efecto, partiendo de la situación actual de la Iglesia, hemos es-

critado en otra parte⁴, una de las cosas que más poderosamente llaman la atención, si volvemos los ojos a los orígenes, dentro de la perspectiva conciliar (PC 2), es la multiforme variedad de institutos religiosos. Y en presencia de este hecho cabe preguntarse: ¿Por qué hay en la Iglesia actual institutos religiosos si en los orígenes de la misma no había nada que se les pareciese? Porque ni Jesús fue un “religioso”, ni la comunidad cristiana primitiva descrita en los Hechos fue una “comunidad religiosa”, ni los cristianos en general experimentaron la necesidad de marcharse a vivir al desierto como hacían algunos judíos fervorosos de su tiempo, como los esenios, cuyo género de vida Jesús conoció y conocieron también los primeros cristianos.

Será necesario esperar varios siglos para que el ideal de la vida religiosa propiamente dicha surja con fuerza en la Iglesia, hasta llegar a imponerse a las conciencias cristianas como el *modo más perfecto* de seguir e imitar a Jesús. Y, en consecuencia, habrá que afirmar, como ya hemos hecho anteriormente, que la presencia de un tal carisma no fue necesaria en la Iglesia. Será necesario, por tanto, ver cuál era la situación de los cristianos durante los primeros siglos de la Historia de la Iglesia, y quizá así podremos detectar las motivaciones de la ausencia de semejante carisma por espacio de tres siglos.

Pues bien, los cristianos, durante los tres primeros siglos, eran perseguidos, encarcelados, juzgados sumariamente, y condenados a muerte por el mero nombre de cristianos. Tenían que vivir como *extraños* en medio de las ciudades. No tenían más remedio que vivir *marginados*, apartados del mundo. Todo el que se ponía en se-

guimiento de Jesús, por el Bautismo, se convertía en un *asceta*, en un *solitario*, a pesar de vivir en medio de las masas, porque el desacuerdo que podía surgir fácilmente entre sus deberes de *fiel a Cristo* y sus deberes de *ciudadano romano*, no le permitían al cristiano vivir plenamente insertado en el mundo. Se trataba de una *separación del mundo*, de una segregación moral inevitable. Los cristianos, diseminados en medio de aquella masa pagana que los perseguía, se percataron muy pronto de que, si querían ser fieles al don de la fe, les era preciso imponerse una serie de renunciaciones que, en una sociedad donde imperase la libertad religiosa, no hubieran sido necesarias.

De todo lo dicho se desprende fácilmente que, en unas circunstancias así, los cristianos eran un *signo perfectamente legible* de las realidades futuras. La persecución que llevaba al martirio mantuvo a los cristianos en una tensión y en una fidelidad constantes. Por eso, durante aquellos siglos, el ideal de toda vida cristiana se centró en el martirio. Y mártir podía ser cualquier cristiano en el momento menos pensado. Toda la literatura cristiana de aquel tiempo está impregnada de la idea del martirio. El *Ad martyres*, de Tertuliano; la *Exhortación al martirio*, de Orígenes; algunos *Comentarios* de Hipólito y las *Cartas* de san Cipriano, son muy elocuentes a este respecto.

El *martirio* se presentaba en la Iglesia primitiva como la *forma más eminente de santidad*, porque el martirio era y es la configuración más perfecta con Cristo. De ahí que la aspiración al martirio, como camino rápido de conseguir la meta a que aspiraba todo buen cristiano, que ya aparece en las *Cartas* de san Pablo, sea tan frecuente en la literatura cristiana más

antigua. Las *Cartas* de san Ignacio de Antioquía son la plasmación más vibrante de aquel afán de identificarse con la pasión de Cristo a través del martirio.

Pues bien, en una Iglesia, toda ella transida de ese espíritu martirial, no hacía falta la *utilidad carismática* de la vida religiosa. Esta surgirá precisamente en el momento en que ese espíritu martirial empiece a languidecer. Y ello sucedió en aquellos largos períodos de paz de que gozó la Iglesia en la segunda mitad del siglo III, y, ya de un modo desbordante, después de la paz constantiniana, cuando ya el martirio, en tanto que hecho social y colectivo, desaparece de la comunidad eclesial para convertirse en hecho individual esporádico. De modo que, en el más exacto y riguroso sentido de la palabra, la vida religiosa sucederá al martirio en tanto que forma eminente de vivir la caridad que obliga a todos los cristianos. *Los monjes* serán realmente los *herederos de los mártires*. **VI**

1 TERTULIANO, *Apologeticum adversus Gentes*, c. 53. PL 1, 554-555: (Pero se nos acusa de injusticia por otro cargo [contra nosotros], y se dice que no somos productivos en los negocios. ¿Cómo [es posible], si somos hombres que habitan con vosotros, que compartimos la misma alimentación, vestido, instrucción, la misma necesidad para vivir? Pues ni somos bramanes o gimnosofistas de los Indios, ni habitamos en la selva o desterrados de la vida).

2 SAN ATANASIO, *Vita Antonii*, 3; cf. 11.

3 SAN JERÓNIMO, *Vita Pauli*, PL 23, 18.

4 ÁLVAREZ GÓMEZ, J., *Por qué y para qué los religiosos en la Iglesia*, Madrid 1979, p. 17.

Álvarez Gómez, Jesús, CMF. *La vida religiosa ante los retos de la historia*. Publicaciones Claretianas, Madrid 1979, 31-34.

HERMANOS MARISTAS HERMANITOS DE MARÍA ¡HERMANOS!

FEDERICO ANDRÉS CARPINTERO LOZANO, FMS

“¡Necesitamos hermanos!, ¡necesitamos hermanos!”, repetía Marcelino Champagnat a sus compañeros sacerdotes. Con dos razones: “Mi primera educación en la escuela fue equivocada. Necesitamos hermanos para educar a los niños, para enseñarles la Buena Noticia de Jesús”.

Marcelino soñaba con hermanos sencillos, sembradores de Evangelio. Hermanos para todos los niños y jóvenes del mundo, especialmente los más necesitados.

Marcelino Champagnat

Nació el 20 de mayo de 1789 en Rosey, una aldea del ayuntamiento de Marllhes, cuando un grito como el fuego llenaba las calles en Francia, un grito que salía del corazón: “Libertad, igualdad, fraternidad”.

Temblaban los cimientos del pasado y la revolución aceleraba el pulso de la historia.

Marcelino nació con la Revolución francesa y toda su vida fue un grito revolucionario en favor de la educa-

ción de los niños y jóvenes de su región y del mundo.

La Sociedad de María

Al día siguiente de su ordenación, doce jóvenes sacerdotes subieron al santuario de nuestra Señora de Fourvière, en Lyon. Se comprometieron a fundar la Sociedad de María. Con los sentimientos a flor de piel, querían dedicar su vida a presentar el rostro mariano de la Iglesia, la ternura de Dios para todos; y querían conseguirlo con “la sincera intención y firme voluntad de consagrarse a fundar la Congregación de los Maristas, la Sociedad de María”, formada por sacerdotes (Padres Maristas), hermanos (Hermanos Maristas), hermanas (Hermanas Maristas y Hermanas Misioneras de la Sociedad de María) y laicos maristas.

Los primeros Hermanitos de María

Marcelino fue nombrado coadjutor en La Valla, una parroquia diseminada entre valles y montañas en la región del Pilat.

Allí atendía a las gentes trabajadoras de las aldeas, vio sus necesidades y dio una respuesta: en una casita con huerto juntó a dos muchachos que comenzaron su vida como Hermanitos de María. Era el 2 de enero de 1817. Marcelino tenía 27 años.

Catequistas y maestros

Marcelino envió a los hermanos, de dos en dos, por los pueblos de la comarca, a dar catequesis. Y, poco a poco, fueron aprendiendo a enseñar y a dar clase en las escuelas de los ayuntamientos.

No olvidaban sus consejos: “Educar a un niño no es solo enseñarle a leer y escribir. Educar a un niño es darle a conocer lo que está llamado a ser, acompañarle y proporcionarle los medios para lograrlo. Educar a un niño es hacer de él un buen cristiano y un honrado ciudadano. Para educar bien a los niños, hay que amarlos”.

Una casa, una familia

En sus paseos, Marcelino se había fijado en el valle que formaba el río Gier. Con la ayuda económica de varias personas, compró un terreno para construir El Hermitage, la casa del noviciado, para más de cien personas.

En un lado de la montaña, una grandísima roca impedía las obras. Marcelino animó a los obreros a romperla y a aprovechar sus pedazos para la construcción de las paredes del edificio.

Construyendo una casa, Marcelino construyó una familia de hermanos en torno a María, la Buena Madre.

Al rey Luis Felipe

En 1834, Marcelino escribió al rey una carta en la que pedía la autorización legal de los Hermanitos de María: “Nací en el cantón de Saint-Genest-Malifaux (Loira) y sentí, por las

muchas dificultades que tuve que soportar para aprender a leer y escribir, la urgente necesidad de crear una Sociedad que pudiera, con menos gastos, dar a los niños del campo la buena educación que los hermanos de las Escuelas Cristianas dan en las ciudades.

Ordenado sacerdote en 1816, fui enviado como coadjutor a una parroquia rural. Ví, con mis propios ojos, lo que ocurría y la importancia de poner manos a la obra en el proyecto que meditaba desde hacía tiempo. Comencé a formar a algunos maestros y les di el nombre de Hermanitos de María...”.

Testamento espiritual

En su testamento espiritual, en 1840, antes de morir, nos dice: “Os pido también, muy queridos hermanos, con todo el cariño de mi corazón y por el que vosotros me tenéis a mí, que siempre viváis fraternalmente unidos... Que no haya entre vosotros más que un solo corazón y un mismo espíritu. Ojalá se pueda decir de los Hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: ‘Mirad cómo se aman...’”.

‘Hermanitos de María’

El hermano Silvestre, uno de los primeros hermanos, explica con claridad qué significa nuestro nombre: “La palabra ‘Hermanos’ indica que todos los miembros que componen esta congregación deben vivir en la más íntima fraternidad, como hijos de una misma familia de la que María es la madre y, en consecuencia, deben amarse, soportarse, ayudarse y hacerse la vida agradable unos a otros.

La palabra ‘María’, que completa el nombre de nuestra querida congregación, indica, en el pensamiento de nuestro fundador, sentirnos hijos de María para acudir a ella con la senci-

llez de un niño, en todas nuestras necesidades...”.

San Marcelino Champagnat

El 18 de abril de 1999, el papa Juan Pablo II proclamó para toda la Iglesia la santidad de Marcelino. Hoy unos 2.500 hermanos comparten su misión con 80.000 laicos que abrazan unidos el carisma de Champagnat, para educar y evangelizar a 650.000 niños, niñas y jóvenes en obras educativas y sociales, en 79 países del mundo.

Maristas de Champagnat

De la página web champagnat.org: “Nosotros, Maristas de Champagnat, hermanos, laicos y laicos maristas, inspirados en el ideal de san Marcelino Champagnat, seguimos a Jesús al estilo de María, vivimos en fraternidad y hacemos de nuestras vidas un testimonio de presencia acogedora, sobre todo, a través de la educación de niños y jóvenes. Somos una familia global carismática, vivimos una espiritualidad integrada y estamos apasionadamente comprometidos con una misión innovadora sin fronteras, especialmente entre los más vulnerables y excluidos”.

Nuestra misión

La misión de Jesús de Nazaret es la nuestra: “He venido para que tengan vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10). Marcelino nos pide “dar a conocer a Jesús y hacerlo amar”, con unas características particulares en nuestro estilo educativo: presencia, sencillez, espíritu de familia, amor al trabajo y seguir el modelo de María.

La *Regla de vida* dice a cada hermano: “Al anunciar el reino de Dios, conviértete en una ‘parábola viva de hermandad’. Vive tu vocación con sencillez. Tu misión fundamental es ser hermano y promover la fraternidad” (71).

Sedientos buscadores del Dios vivo, exageramos la fraternidad y trabajamos por la promoción y defensa de los derechos de los niños y jóvenes más olvidados.

El último Capítulo General nos pide generar nueva vida: “Ser faros de esperanza en este mundo turbulento, ser constructores de puentes para caminar con los niños y jóvenes en los márgenes de la vida”.

Una espiritualidad mariana

“La historia de nuestra espiritualidad está hecha de pasión y compasión: pasión por Dios y compasión por los demás”; así comienza nuestro documento *Agua de la Roca*. En el silencio, como María, descubrimos el fuego interior que nos habita y cultivamos una espiritualidad del corazón y del servicio, una espiritualidad de la sencillez que nos ayuda a acercarnos a los demás, aceptándolos como son.

Estamos invitamos a hacer vida la Palabra de Dios, fuente de toda espiritualidad cristiana, para unificar nuestro ser y abrirnos a los demás, despertando la conciencia de la unidad profunda de todos, en conexión con toda la creación.

El misterio de la fraternidad

La fraternidad es un don que recibimos, un don que compartimos y un don que entregamos. “Somos hermanos de Jesús, hermanos entre nosotros y hermanos de todos, especialmente de los más pobres y necesitados” (*Constituciones*, 2).

Movidos por el Espíritu, hermanos, laicos y laicos, los maristas de Champagnat somos una familia carismática global para el mundo de hoy que necesita y nos pide que todos (todos, ¡itodos!) seamos hermanos, en esta tierra, “nuestra casa común”. 



El camino a la libertad

Nos encontramos inmersos en el camino de la Cuaresma, en este paso por el desierto que nos propone la Iglesia cada año. En esta ocasión, el papa Francisco nos propone recorrer un camino hacia la libertad. Las palabras de su mensaje adquieren especial resonancia interpretadas desde la vida religiosa.

Juan de Dios Carretero, ss.cc

A través del desierto Dios nos guía a la libertad”. Así titula el papa Francisco su mensaje para esta Cuaresma. El pontífice aporta varias ideas para vivir con profundidad este tiempo. Destacamos aquí algunas palabras clave y sus repercusiones para la vida religiosa.

Ver la realidad

Lo primero a lo que invita Francisco para que nuestra Cuaresma sea concreta es a ver la realidad. No se trata simplemente de un ver aséptico, como el del sacerdote o el levita de la parábola del buen samaritano, que simplemente “ven” al hombre herido, pero no son capaces de dejarse conmover por su situación. Más bien se nos invita a ver como el Dios que ha visto la aflicción de su pueblo y que ha oído sus gritos de dolor (Ex 3,7-8). Esto plantea un desafío importante para la vida religiosa hoy, cuestionándonos si el sufrimiento de los caídos en el camino tiene capacidad para cambiar el rumbo de nuestra vida y el de nuestras instituciones. Ante la preocupante globalización de la indiferencia, Francisco nos sitúa ante dos preguntas del Génesis: “¿Dónde estás?” (Gn 3,9); “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9). En la Jornada contra la trata de personas celebrada en febrero, el Papa afirmaba con claridad: “Si cerramos nuestros ojos y nuestros oídos, seremos cómplices de la trata”. La Cuaresma empezará a ser concreta cuando empecemos a ver en el rostro del que sufre a un hermano herido en el camino.

El Papa nos invita también a denunciar la falta de esperanza. “Se parece a esa añoranza por la esclavitud que paraliza a Israel en el desierto, impidiéndole avanzar”, nos

dice Francisco. La vida religiosa está llamada a ser luz, incluso (o especialmente) en los lugares más oscuros. Por eso puede resultar especialmente dañino que esta falta de esperanza se cuele en nuestras instituciones, añorando otros tiempos y otras formas, como el pueblo de Israel añoraba las “cebollas de Egipto”, olvidando que seguimos en camino hacia la libertad, y que es Dios quien camina en medio de su pueblo. Con estas palabras, Francisco nos invita a no quedarnos en la cruz, sino a fijar nuestra esperanza en el sepulcro vacío, el final del camino que comenzamos en Cuaresma y que anuncia la victoria última de Cristo sobre la muerte, donde encontramos la meta de nuestro camino de liberación.

Conversión

La Cuaresma es el tiempo por excelencia de la conversión. “El desierto es el espacio en que nuestra libertad puede madurar en una decisión personal de no volver a caer en la esclavitud”, señala Francisco. Por tanto, la Cuaresma aparece como un tiempo propicio para ejercitarnos en la libertad, para dejarnos conducir por el Espíritu, cuyo soplo siempre es nuevo e impredecible. Este camino cuaresmal nos puede ayudar a comprender los procesos de cambio que vivimos dentro de la Iglesia y de la vida religiosa como una oportunidad para ser más fieles a la voluntad de Dios sobre nosotros en este tiempo de la historia.

Lucha

El camino de Cuaresma implica una lucha contra las tentaciones, seducciones y autoengaños a las que todos nos vemos sometidos. “Podemos apegarnos al dinero, a ciertos proyectos, ideas, objetivos, a nuestra

posición, a una tradición e incluso a algunas personas”, apunta el pontífice. Sin duda, estos apegos también se cuelan en la vida religiosa. Desde la perspectiva de religiosos y religiosas jóvenes, resultan más evidentes los apegos institucionales que heredamos por tradición e historia. Este paso por el desierto nos puede ayudar a identificar y depurar todos aquellos ídolos a los que servimos y que nos dan seguridad, pero que en el fondo nos impiden alcanzar la libertad a la que estamos llamados por Dios.

Esta llamada a la libertad entronca con los votos que fundamentan nuestra consagración. El estilo de vida expresado en los consejos evangélicos es un gran camino de libertad. Por eso, para los consagrados y consagradas resulta especialmente relevante esta lucha que propone Francisco contra todos aquellos ídolos que atentan contra la libertad que nos regala Dios.

Detenerse

“Detenerse en oración, para acoger la Palabra de Dios, y detenerse como el samaritano, ante el hermano herido”. Esta invitación de Francisco quizás sea la más provocadora de su mensaje. La tendencia activista que tantas veces puede conducir la vida religiosa se puede ver acrecentada en Cuaresma. “Si es un tiempo especial, habrá que hacer más”, podemos pensar. El Papa propone un camino opuesto, detenerse en Dios y en el hermano. La necesidad de hacer es una de las grandes esclavitudes de nuestro tiempo. Precisamente, se trata de una de las características del Faraón en el Éxodo, no dejar descansar al pueblo oprimido. El Dios de Israel, en cambio, ordena un día de descanso dedicado a la alabanza,

“el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor, tu Dios” (Ex 20,10). Hoy parece que hay algo de contracultural en esto de detenerse. Francisco nos invita a huir de la vorágine de un activismo esclavizante, a realizar nuestra actividad con profundidad, sin olvidar el mandamiento más importante: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo” (Mt 22,37-39).



El paso por el desierto puede ayudar a identificar y depurar todos aquellos ídolos a los que servimos

Alegría

Finalmente, el Papa nos invita en esta Cuaresma a renovar nuestra alegría: “Que se vea la alegría en los rostros, que se sienta la fragancia de la libertad, que se libere ese amor que hace nuevas todas las cosas”. La vida religiosa está llamada a ser reflejo de ese hombre que encontró un tesoro escondido y lleno de alegría lo vendió todo para comprar aquel campo (Mt 13,44). La alegría será, por tanto, el termómetro que mida la verdad de nuestro encuentro con Jesús Resucitado. Esta alegría se fundamenta no en un simple optimismo o bienestar, sino en el convencimiento de que Cristo ha entregado su vida por amor, y que su salvación llega a todos. Y ese encuentro es, en definitiva, lo que Francisco nos invita a renovar en esta Cuaresma.

Extracto del mensaje del papa Francisco para la Cuaresma 2024

Es tiempo de actuar, y en Cuaresma *actuar es también detenerse*. Detenerse en *oración*, para acoger la Palabra de Dios, y detenerse como el samaritano, *ante el hermano herido*. El amor a Dios y al prójimo es un único amor. No tener otros dioses es detenerse ante la presencia de Dios, en la carne del prójimo. Es por eso que la oración, la limosna y el ayuno no son tres ejercicios independientes, sino un único movimiento de apertura, de vaciamiento: fuera los ídolos que nos agobian, fuera los apegos que nos aprisionan. Entonces el corazón atrofiado y aislado se despertará. Por tanto, desacelerar y detenerse. La dimensión contemplativa de la vida, que la Cuaresma nos hará redescubrir, movilizará nuevas energías. Delante de la presencia de Dios nos convertimos en hermanas y hermanos, percibimos a los demás con nueva intensidad; en lugar de amenazas y enemigos encontramos compañeras y compañeros de viaje. Este es el sueño de Dios, la tierra prometida hacia la que marchamos cuando salimos de la esclavitud.

La forma sinodal de la Iglesia, que en estos últimos años estamos redescubriendo y cultivando, sugiere que la Cuaresma sea también *un tiempo de decisiones comunitarias*, de pequeñas y grandes decisiones a contracorriente, capaces de cambiar la cotidianeidad de las personas y la vida de un barrio: los hábitos de compra, el cuidado de la creación, la inclusión de los invisibles o los despreciados. Invito a todas las comunidades cristianas a hacer esto: a ofrecer a sus fieles momentos para reflexionar sobre los estilos de vida;

a darse tiempo para verificar su presencia en el barrio y su contribución para mejorarlo. Ay de nosotros si la penitencia cristiana fuera como la que entristecía a Jesús. También a nosotros Él nos dice: “No pongáis cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan” (Mt 6,16). Más bien, que se vea la alegría en los rostros, que se sienta la fragancia de la libertad, que se libere ese amor que hace nuevas todas las cosas, empezando por las más pequeñas y cercanas. Esto puede suceder en cada comunidad cristiana.

En la medida en que esta Cuaresma sea de conversión, entonces, la humanidad extraviada sentirá un estremecimiento de creatividad; el destello de *una nueva esperanza*. Quisiera decirles, como a los jóvenes que encontré en Lisboa el verano pasado: “Busquen y arriesguen, busquen y arriesguen. En este momento histórico los desafíos son enormes, los quejidos dolorosos –estamos viviendo una tercera guerra mundial a pedacitos–, pero abrazamos el riesgo de pensar que no estamos en una agonía, sino en un parto; no en el final, sino al comienzo de un gran espectáculo. Y hace falta coraje para pensar esto” (*Discurso a los universitarios*, 3 agosto 2023). Es la valentía de la conversión, de salir de la esclavitud. La fe y la caridad llevan de la mano a esta pequeña esperanza. Le enseñan a caminar y, al mismo tiempo, es ella la que las arrastra hacia adelante. 



Recuperar la voz profética

Paulson Veliyanoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

Recientemente, el *Instituto de Vida Consagrada - Sanyasa* (ICLS), de Bengaluru, organizó su 20ª conferencia nacional sobre el tema “Recuperar la voz profética en la India. VICA: Un desafío para los consagrados hoy”. El tema era necesario por la realidad que vivimos hoy en la India. En todo el mundo se ha producido un aumento del hipernacionalismo que engendra estrechez de miras e intolerancia. Cuando se une al fundamentalismo religioso, tenemos una combinación tóxica. India está pasando por una fase así. Aunque la Constitución declara que India es una “república soberana, socialista, secular y democrática”, la última década ha sido testigo de continuos esfuerzos por convertirla en un país hindú que relegaría a otras comunidades a un segundo plano.

Los cristianos han sido una de las comunidades más castigadas. Aunque la Constitución garantiza la libertad de practicar, predicar y propagar cualquier religión, varios estados han promulgado leyes que prohíben la conversión. Algunos sacerdotes y religiosos han sido detenidos, acusados de promover conversiones. Se han destruido iglesias. Se ha impedido a escuelas e instituciones cristianas celebrar la Navidad, utilizar oraciones cristianas en público, tener símbolos cristianos, etc. Uno de los estados del

noreste, Manipur, está en llamas desde el pasado mayo. Se destruyeron muchas iglesias y se asesinó a cristianos. El gobierno permanece silencioso e inactivo.

¿Cómo ha respondido la Iglesia? Muy tímidamente. Cuando detuvieron al padre Stan Swamy, un jesuita activista de 84 años acusado de terrorismo, escribí a un obispo sugiriéndole que la Iglesia debía protestar, al menos cerrando todas sus instituciones durante un día. ¿Su respuesta? Que fuéramos prudentes y no provocáramos a las autoridades, ya que estas congelarían nuestras cuentas bancarias y cerrarían nuestras instituciones. El pasado diciembre, en la fiesta de Navidad ofrecida por el primer ministro indio a los líderes eclesiásticos, ninguno de ellos tuvo el valor de llamar su atención sobre la lamentable situación. ¡La voz profética estaba en sordina!

Sin embargo, hay algunos signos positivos. La recién concluida sesión anual de la Conferencia de Obispos Católicos de la India (CBCI) emitió una declaración condenando la violencia contra las minorías y especialmente contra los cristianos, y pidiendo a los poderes públicos que tomen conciencia de ello y hagan lo necesario. Por fin, la Iglesia parece estar encontrando su voz profética. Más vale tarde que nunca. **VR**

LECTURA RECOMENDADA



De todos es conocida esa frase sobre “la labor callada de la Iglesia”. En muchos, en numerosos casos, se refiere a la vida de las congregaciones religiosas insertas en lugares de misión, fronterizos, en las periferias de nuestra vida diaria.

Esta labor callada, pequeña como grano de mostaza, escondida en la masa humana a la que ayuda a fermentar, se origina en un primer Encuentro. En una decisión vital que alguien toma para seguir el impulso que Otro ha puesto en su corazón.

El libro nos habla de eso. De pequeñas semillas que escucharon una Voz que les dijo que las necesitaba. Que había “escuchado el clamor de su pueblo” y las enviaba a rescatarlo de sus esclavitudes.

En esta obra, condensación de una tesis doctoral más amplia (más de 700 páginas), el autor nos presenta parte del movimiento fundacional que se dio en España entre 1788 (nacimiento de los derechos civiles) y 1930 (advenimiento de la II República).

La vida religiosa femenina de esta época surge como respuesta amorosa a las esclavitudes, necesidades del pueblo de Dios: educativas, sanitarias, espirituales;

Contra viento y marea

Jesús Torres López

176 PÁGS.

PCL, Madrid, 2023

el cuidado de los ancianos, de las personas marginadas; la atención a obreros, a huérfanos. Nacen congregaciones nuevas con un marcado carácter apostólico, de salida, que, además de paliar carencias concretas, resultaron ser fundamentales para modificar también el protagonismo de las mujeres en la sociedad.

El origen de estas fundaciones recae, en la mayoría de los casos, en mujeres que cargaron sobre sí la tarea que Dios les había propuesto. Incluso en contra de sus familiares, de los clérigos y de la sociedad. Mujeres valientes, fuertes, decididas y, por desgracia, “invisibilizadas” en muchas ocasiones. De clase alta y de los niveles más bajos. Del campo y de la ciudad. Solteras y casadas. Religiosas y laicas. Santas de los altares y santas de la puerta de al lado. Humildes hasta el extremo y luchadoras incansables.

Capearon los roles tradicionales de mansedumbre, docilidad y obediencia para seguir su compromiso de manera radical, para aceptar la invitación a dar la vida por los demás. Fundaron con tenacidad y persistencia, pero sumisas a la Iglesia y al clero. Son un ejemplo a seguir. Un espejo en el que mirarse.

Jesús Torres López, laico, doctor en Ciencias Políticas y Sociología, nos presenta aquí las 95 congregaciones religiosas femeninas surgidas en este periodo de la mano de unas mujeres (y algunos hombres) que supieron leer los signos de los tiempos y acomodar sus deseos a la voluntad del Amor de su vida.

Ruth Guerrero Muñoz

Necesidades humanas y felicidad evangélica

Bonifacio Fernández y Consuelo Junquera



La adecuada **integración** de las **necesidades humanas** y de los **valores evangélicos** es el **presupuesto** imprescindible para una vida consagrada **sana y significativa**. Estos dos monográficos profundizan en esta **integración** y ofrecen **pistas** muy **prácticas** para trabajarla.



Comunión y Fraternidad

Dos tareas siempre pendientes

3 – 6 | abril
2024
Madrid

DESARROLLO TEMÁTICO

- **En camino** Eclesial | Antropológico – Cultural | Teológico
- **En comunión** Desde las primeras comunidades cristianas a nuestros días
- **En fraternidad y sororidad** Como don y tarea
- **En construcción** El mañana es ahora, mirando hacia adelante

SEDE

- Espacio Maldonado
Serrano, 104 | Madrid

EVENTO BIMODAL

Información e
inscripciones

itvr.org